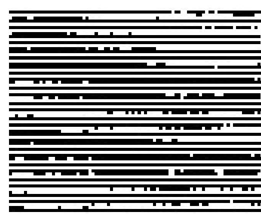
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

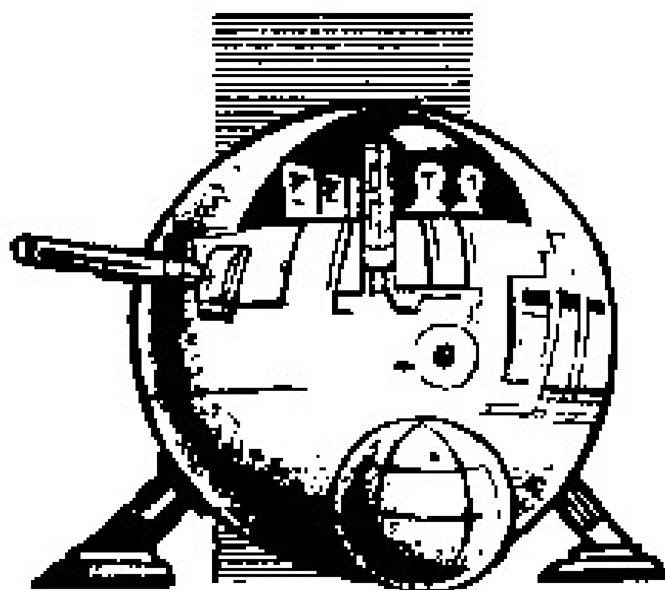
MENSAJEROS DE LA MUERTE

ERIC SORENSSEN

SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

77. — Trampa espacial, *Eric Sorenssen*.
78. — Amenaza a Ia Tierra, *A. Thorkent*.
79. — Mañana es hoy, *Lucky Marty*.
80. — Satélites asesinos, *Law Space*.
81. — Cosmodea, *Elliot Dooley*.

ERIC SORENSSEN

MENSAJEROS DE LA MUERTE

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 82
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 28.341- 1980

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición noviembre,, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

PROLOGO

Ronald avanzaba con precaución, aunque el tránsito de peatones era denso por la céntrica calle. Pero estaba en Sofía y Ía capital de la comunista Bulgaria no era lugar seguro para él.

En realidad, ni para él ni para ningún espía de los Estados Unidos...

«Espía...» Se indignó contra ese calificativo que en su mente se asociaba a la Primera Guerra Mundial y a la mítica Mata Hari. Ya no se llamaban espías... «¿Cómo nos llamamos?». De muchas maneras. Agentes especiales, funcionarios federales, delegados comerciales...

El Balkan Hotel apareció ante sus ojos. Estaba donde debía estar. Ahora era de desear que también el presunto ocupante de la habitación 232 estuviera donde debía estar.

Igor Rosevitch... El mayor genio físico no sólo de la Unión Soviética, sino del mundo entero. ¡Y se iba a «pasar»! Una tarea de años, cuya brillante culminación a él —por ser el mejor— se le había confiado. Indudablemente, no podía fallar.

Maquinalmente, miró a su alrededor. Todo parecía absolutamente normal, incluso para sus adiestrados ojos. Ya es taba bajo la marquesina «belle époque» del hotel. Con una sonrisa entre cínica y divertida, atravesó la puerta giratoria.

En el amplio vestíbulo había poca gente. Un par de parejas, algunos hombres fumando y leyendo periódicos. «alea jacta est», se dijo Ronald y siguió avanzando hacia los ascensores.

Los pasos previos habían sido trabajosos y difíciles, pero ahora todo estaba saliendo bien. Rosevitch había viajado a Sofía para participar en el Congreso Internacional de Física Aplicada, que allí se realizaba, y ninguna protección especial pudo ser detectada por Ronald o Walter Risch, el «residente» de ¡a CIA en la capital búlgara. Y ahora todo se reducía a acompañar al sabio hasta un coche aparcado en una calle próxima al hotel y llevarlo en él hasta un bosquecillo situado a no más de 50 kilómetros de la capital, donde un casi milagroso helicóptero había podido aterrizar sin ser descubierto, y les esperaba para llevarlos a la amiga Turquía.

Nadie en el pasillo de la segunda planta. Con máxima precaución, Ronald siguió avanzando hasta la puerta con el número 232, de la que tenía la correspondiente llave. Estaba convenido que entrara sin llamar, y así lo hizo.

La habitación estaba en perfecto orden..., pero vacía. La abierta puerta que comunicaba con el cuarto de baño dejaba ver gran parte del interior de ésta, igualmente sin ocupantes. Ronald se abalanzó a su interior, pero la parte que no había podido ver desde fuera estaba tan vacía como el resto.

Mascullando una maldición, volvió al cuarto principal y echó una furiosa ojeada al excesivamente ordenado entorno. ¿Habría tenido que salir Rosevitch por cualquier circunstancia y estaría al volver? Impensable. Conocía de sobra la hora exacta de la cita y nada podría haberle movido de su habitación...

¿Nada? La KGB sí, naturalmente.

Abrió la puerta corrediza del gran armario empotrado. Vacío. Casi se lo esperaba.

Volvió a recorrer la habitación con la mirada y entonces sus ojos se posaron sobre un pequeño trozo de papel que descansaba sobre una de las mesillas de noche.

Contenía un mensaje, un mensaje muy breve y escrito en correctísimo inglés. El mensaje decía:

«Lo siento. Has llegado tarde otra vez.

»Iliana.»

CAPITULO PRIMERO

El 5 de septiembre de 1985, el portaaviones USS Revival desapareció.

Decir que un superportaaviones atómico de 120.000 toneladas, con tres mil quinientos hombres de tripulación y ciento ochenta aviones de varios tipos a bordo, en misión de patrullaje por el Mediterráneo Oriental, desapareció, puede parecer una estupidez o una imposibilidad, pero eso fue lo que ocurrió.

El 7 de septiembre, a primera hora de la mañana, Ronald Hutchinson, el as de los servicios secretos americanos, pese a su fracaso en el asunto Rosevitch, llegaba a Alanya, pequeño puerto turco del Mediterráneo y lugar más próximo a la última señal de posición transmitida por el Revival.

No era el único agente lanzado tras la increíble desaparición, La Casa Blanca y el Pentágono habían puesto en acción a casi un millar de sus hombres,- que comenzaban a recorrer, como infatigables sabuesos, las costas del Mare Nostrum. También las redes que operaban en los países comunistas estaban en acción, a la pesca del menor indicio que pudiera relacionar al Kremlin con el terrible suceso.

Por otra parte, y como era de rigor, las fuerzas de la OTAN habían sido puestas en estado de máxima alerta. La sombra de la guerra nuclear, que desde el comienzo de la década planeaba sobre el aterrorizado planeta, parecía próxima a materializarse en una orgía de destrucción y muerte.

Nadie quena !a guerra, pero... «Si obtenemos la más mínima prueba de que los ruskis son los responsables de la desaparición del Revival, será la guerra», había dicho el enérgico presidente de los Estados Unidos. Y todos-los asistentes a la importante reunión habían asentido en silencio.

* * *

—¿Salió de pesca usted anteayer?

El hecho de hablar turco pasablemente bien —además de

francés, español, ruso, japonés y griego— era uno de los motivos por los que Ronald había sido enviado a Alanya.

El pescador interrogado, aceitunada tez y grandes bigotes, bajo el típico fez, se tomó su tiempo antes de contestar. Estaban en la pequeña cala de pescadores, rodeados por lanchas sacadas del agua por sus patrones, que se afanaban a su alrededor con redes y otras artes de su oficio. El olor a pescado podrido lo dominaba todo. Pese a ello, el mar azul, el cielo sin una nube y las casas blancas que se alzaban más allá del puerto, componían un agradable cuadro, al que el sensible Ronald no era ajeno. «Intentaré ligarme a una turca», pensó, mientras esperaba la respuesta.

—Sí, salí de pesca ese día.

—¿Y no vio… nada anormal?

—¿Anormal…?

—Quiero decir… —el turco de Ronald no era tan bueno como para contar con sinónimos— si no vio… pues algo raro.

El otro le miró casi con inquietud. «Empieza a tomarme por loco», rió para sus adentros el americano.

Pero era comprensible. La desaparición del superportaaviones era el secreto mejor guardado de la historia de los Estados Unidos de América. Ni los aliados europeos conocían la verdadera motivación de la «máxima alerta» de la OTAN. Se les había informado vagamente sobre «alarmantes movimientos de tropas del Pacto de Varsovia».

Por lo tanto, ni siquiera el presidente de Francia o el primer ministro de la Alemania Federal estaban al tanto del suceso, mal podía haberlo estado el humilde pescador de Alanya.

—¿Vio algún barco de guerra extranjero ese día? —cambió de táctica Ronald.

El otro volvió a tomarse tiempo antes de contestar. Después dijo:

—Sí —los nervios del otro se tensaron—. Dos patrulleras turcas.

Los nervios se destensaron.

—¿Nada más?

—Nada más.

Y el hombre se inclinó sobre una cesta llena de pescado que descansaba a sus pies, en clara seña! de que la conversación había terminado.

Ronald interrogó a otros dos pescadores, con igual resultado.

Tras tan poco promisorio comienzo, cruzó el amplio espacio abierto que separaba el puerto de la población, y se sentó en la terraza de un café, bien protegido del sol por un colorido toldo.

—Café —pidió al camarero.

En cuanto lo hubo hecho se arrepintió, porque el espeso y casi sólido café turco solía ser excesivo para su estómago, pero ya el empleado penetraba en el interior del local.

Cuando regresó con su pedido, el americano decidió no desaprovechar la oportunidad de interrogarlo.

—No se verán muchas cosas extraordinarias por aquí, ¿verdad? —fue su poco original comienzo.

El otro, un hombre flaco y de mediana edad, lo miró especulativamente. Ronald extrajo un billete de diez dólares y se lo extendió alegremente.

—Puede quedarse con el cambio —anunció.

La sonrisa que apareció de repente en la aburrida cara del camarero, como un conejo de la galera de un mago, animó a su interlocutor.

—¿No ha oído nada sobre un gran barco de guerra o...?

El turco le interrumpió.

—¿Un barco de guerra? —en su expresión había ahora un signo de interés que animó a Ronald.

—Sí. Un gran barco de guerra... Un portaaviones americano...

—Anoche Kalim habló mucho de un gran barco...

Ahora sí el americano estaba tenso.

—¿Quién es Kalim? ¿Qué dijo sobre el barco?

—Kalim es un pescador. Pero anoche estaba muy borracho...

—¡No me importa que lo estuviera! ¿Qué dijo?

—No lo sé... ¡Nadie presta atención a Kalim! Hablaba de un rayo de Alá que destruyó al barco de los infieles ,y tonterías por el estilo...

Ronald ya estaba de pie, sin haber probado el café por el que pagara diez dólares.

—¿Dónde puedo encontrar a Kalim? —casi gritó.

El otro le miró asombrado y después dijo:

—No le he visto esta mañana. No sé si habrá salido a pescar... Pregunte en la cala, si no está 111, búsquelo en su casa.

—¿Dónde vive?

—Aquí mismo —señaló hacia la esquina situada a su derecha—, Doblando la primera calle. Pregunté a cualquiera, todos le conocen.

Kalim no estaba en la cala y sus compañeros creían que no había salido a pescar esa mañana. Ronald se encaminó hacia su vivienda.

Era una casa de dos plantas, de aspecto miserable. Un par de chiquillos descalzos jugaban a las canicas ante el desvencijado portal. Le dijeron que el pescador vivía tras una puerta señalada con el número 3, en la planta superior. El

americano subió con temor por la escalera de madera, que parecía próxima a derrumbarse bajo sus pies.

Nadie contestó a su llamada. Probó la puerta. No estaba cerrada con llave. «No debe existir llave», pensó incongruentemente. La abrió y penetró en la habitación, que estaba más limpia y ordenada de lo que él esperaba.

Kalim estaba echado sobre su cama, completamente vestido. Podía estar durmiendo su última borrachera, de no ser por el rojo agujero de su sien derecha, del que ya no manaba sangre.

Como lo hiciera meses atrás en la habitación del Balkan Hotel, Ronald maldijo repetidas veces y a viva voz, pero esta vez en turco, como una especie de homenaje al difunto.

* * *

El tan oportuno asesinato del pescador —del que diera inmediata cuenta a sus superiores por medio de un enlácele había deprimido. Tras enviar el mensaje había regresado a su humilde habitación del hotel de la Amistad, única fonda de Alanya, y echado sobre la estrecha y dura cama, intentaba buscar la clave al jeroglífico.

Un pescador borracho que dice algo sobre el rayo de Alá castigando —¿o era «destruyendo»?— el barco de los infieles, y que de inmediato es asesinado. La conclusión era bastante obvia...

«¡Este asunto apesta a ruskis!», concluyó.

Pero no era tarea suya sacar conclusiones. Eso quedaba para la Casa Blanca, el Pentágono o el edificio del color y la forma geométrica que fuera...

Con tal pensamiento, y sin darse cuenta, se quedó dormido.

* * *

—¿Ha oído usted algo sobre un barco de guerra americano. ..?

Había dormido varias horas. Las suficientes como para que se le pasara la hora de almorzar. Ahora estaba comiendo bacon con huevos fritos en el desierto comedor-bar-salón de estar del Hotel de la Amistad.

El aburrido camarero le lanzó una rápida mirada.

—Yo no he oído nada sobre ningún barco… Pero es curioso…

—¿Qué es curioso?

—Que más o menos la misma pregunta me hizo, mientras le servía la comida, la señorita rusa…

Ronald dejó abruptamente de masticar bacon.

—¿Quién es esa señorita rusa?

El otro le miró, entre el desconcierto y el miedo.

—Pensé… Claro que sería una extraordinaria coincidencia… que podría tratarse de una vieja amiga mía —le tranquilizó el americano, agregando—: Se llama Iliana Tochpova.

—Pues yo no sé cómo se llama —rezongó el camarero.

—No se preocupe, ya lo averiguaré —el otro comenzó a alejarse, pero Ronald le detuvo con otra pregunta—: ¿Es una chica como de unos veinticinco años, rubia, alta y… de muy buen ver?

—¡Sí, sí, todo eso que usted ha dicho y de muy buen ver! —se excitó el turco.

Indudablemente podía haber muchas muchachas rusas de alrededor de veinticinco años, rubias, altas y de muy buen ver, pero para Ronald ya no cabían dudas: Iliana Tochpova, la «niña mimada» de la KGB, la que le había humillado en el caso Rosevitch y en un par de casos más, estaba en Alanya.

¿Habría sido ella la asesina del pobre pescador? Destrozando los últimos trozos de bacon, como si fueran las entrañas de la agente soviética, Ronald se juró a sí mismo que esta vez no habría fracasos ni huidas.

Obligaría a Iliana a hablar… o la mataría, si era necesario.

CAPITULO II

Por una graciosa ironía del destino, su vieja conocida, bajo el nombre de Tatiana Vrashilova, según pudo averiguar por el registro y diez dólares, ocupaba una habitación en el mismo piso que él mismo y a sólo tres puertas de distancia. Pero en esos momentos no estaba en el hotel, le informó el solícito conserje.

Ronald renunció a buscarla por las desconocidas callejas de Alanya, la esperaría en su propia habitación. Pero antes volvió al puerto, con la esperanza de obtener alguna posible información.

Pero la noticia del asesinato de Kalim ya había circulado. Nadie quiso abrir la boca.

Con las primeras sombras del crepúsculo, el americano volvió al Hotel de la Amistad. Al cruzar el vestíbulo, un gesto del conserje le indicó que Iliana aún no había regresado. «Mejor» pensó él, y se dirigió directamente a la habitación de la chica.

Abrir la vieja puerta fue menos que un juego de niños. La estancia se encontraba, efectivamente, vacía, por lo que Ronald aprovechó para realizar un concienzudo estudio de los efectos personales de Iliana. No buscaba nada en concreto, pero siempre podía aparecer algo.

No apareció nada, más que elegantes ropas exteriores e interiores con etiquetas.de París, Roma, Nueva York y Tokio, lo que, además de su buen gusto, indicaban bien a las claras lo mucho que su dueña viajaba. Ronald sonrió ante la contemplación de tanta decadencia capitalista.

También encontró una pequeña pistola de fabricación rusa, calibre 6,75; una carta marina del Mediterráneo .Oriental, con una cruz señalando el lugar aproximado de la desaparición del Reviva/, y dos pasaportes, uno ruso, a nombre de Olga Tavalona y otro francés, perteneciente a Germaine Dudelot. Pero los dos con la inconfundible —y muy bonita— cara de Iliana en sus fotografías. El americano volvió a sonreír, dejó todo donde lo había encontrado y se echó sobre la cama, dispuesto a una larga espera. Pero con su propia pequeña pistola del 6,75 (fabricación USA), al alcance de la mano.

Pero la espera no fue larga. No más de treinta o cuarenta minutos. Cuando sintió pasos femeninos por el corredor, Ronald saltó de la cama y se apostó tras la puerta. La dueña de la habitación la abrió, sin sospechar nada.

Cuando sintió el frío cañón de la pistola presionando su nuca, ya era tarde para intentar nada.

—Quieta. No intentes nada o te mato —susurró Ronald, un tanto melodramáticamente, cerrando la puerta con el codo. La chica permaneció quieta y en silencio.

Ronald le quitó el bolso con la mano libre y la palpó superficialmente. No parecía tener armas ocultas en su cuerpo.

—Avanza lentamente hasta la cama y siéntate en ella.

La chica hizo lo que se le ordenaba.

—¡Pero si es Ronald Hutchinson! —simuló sorprenderse al sentarse y quedar frente a frente con el americano. Este acercó una silla y se sentó en ella, sin dejar de apuntarla.

—Bien, doña Iliana Tochpova, alias Tatiana Vrashilova, alias Olga No Sé Cuántos, alias Germaine Dadalot...

—Dudelot. Veo que has revisado mis humildes pertenencias.

—No tan humildes —a la mente de Ronald volvió el cadáver de Kalim y la desaparición del portaaviones—. Basta de charla, Iliana...

—Pero si acabamos de empezar.

—Pues ya hemos terminado. No hay tiempo para bromitas, ni...

—¿Ni para que me felicites por mis éxitos «deportivos» en Bulgaria?

Ronald siempre —desde que la conociera en Atenas, un par de años atrás— se había sentido atraído hacia Iliana. La chica era muy hermosa y unía, a un cierto desenfado occidental, todo el misterio y el presunto erotismo que parece emanar de las mujeres eslavas. Pero el mundo estaba a punto de estallar por sus cuatro costados y esa muñeca que le sonreía desde la cama podía ser una de las culpables de que la catástrofe se produjera.

—Iliana —comenzó—, tal vez en otras circunstancias pensaría en hacerte el amor, pero ahora sólo pienso en matarte...

—Hagamos el amor y no la guerra, bello yanqui —se burló ella.

Y él juzgó que, ahora sí, tenía que hacerse con la situación.

—Iliana —repitió, pero esta vez su voz era más dura—, quiero saber por qué has matado a ese pescador, Kalim, y quiero .que me

digas todo lo que sepas sobre…, sobre los motivos de tu estancia en este perdido lugar del globo.

El cañón de la pistola apuntando directamente a la bella cara era más que suficiente rúbrica a las palabras.

Ella sonrió, e hizo con las manos un gesto de impotencia.

—Supongo que si te dijera que yo no maté a ese tal Kalim, ni hice desaparecer nuestro hermoso portaaviones, tú no me creerías…

—Tampoco me creerías tú a mí, si te dijese que me han concedido el Premio Stalin…

Iliana rió, después dijo:

—Sólo vosotros, los imperialistas yanquis, os acordáis de Stalin.

Era evidente para Ronald su deseo de ganar tiempo. ¿Esperaría la llegada de algún compinche? No era cuestión de correr riesgos. Se puso de pie y se acercó lentamente a ella, siempre apuntando.

—Basta, Iliana. Habla o te mato.

Ella era lo suficientemente profesional como para saber cuándo se hablaba en serio.

—De acuerdo —se rindió—. Teníamos un hombre en el Revival. También tenemos amigos en Washington. Ellos nos informaron que algo gordo había ocurrido con el portaaviones. Intentamos conectar con nuestro hombre en el barco y no lo conseguimos. Nuestros servicios de vigilancia seguían Ia ruta del barco… y la ruta, según ellos, terminaba a cincuenta millas náuticas de esto que tú llamas «perdido lugar del globo».. Me enviaron a ver qué pasaba…

—Y mataste a Kalim porque hablaba de un rayo de Alá…

—¿Eso era lo que decía? ¿Un rayo de Alá? —el interés de la chica parecía sincero—. Yo sólo pude saber que un borracho había estado hablando de un gran barco que desapareció. Cuando fui a verlo, sólo encontré policías rodeando la casa, por lo que postergué la visita.

Ronald Ia estudió con la mirada. Parecía sincera.

—Nosotros no tenemos nada que ver con la pérdida de vuestro juguete…

Tal vez fuera la sinceridad que trasuntaban las palabras, o Ia belleza evidente de la chica o la proverbial ingenuidad de los americanos o todo eso junto, pero Ronald se sentía inclinado a creerla.

Y como se sentía inclinado a creerla, también inclinó la pistola.

Con una rapidez increíble, Iliana trabó sus piernas con las suyas y lo hizo caer, al tiempo que ella se incorporaba. El americano todavía sostenía la pistola en su mano, pero de 'nada le valió esa ventaja. Sin darle tiempo a reaccionar, la chica le propinó un puntapié en la nuca que lo envió de inmediato al país de los sueños.

* * *

Cuando despertó las sombras más negras le rodeaban. Acariciándose la nuca, de donde irradiaban rayos de Alá que se clavaban en su cerebro, se puso trabajosamente de pie.

—Maldita rusa, hija de perra... —fue lo más suave de todo lo que su dolorida mente dedicó a la peligrosa Iliana.

Dando tumbos, llegó hasta la pared y encontró el interruptor de la luz. La brusca transición de la oscuridad a la iluminación plena reavivó su dolor tremendo de cabeza y sirvió para que comprobara lo que ya imaginaba: la habitación estaba completamente vacía. No sólo de la chica, sino también de sus «efectos personales».

Regresó a su propia habitación y puso su cabeza bajo el vivificante chorro del grifo del lavabo. Un par de minutos más tarde, se sintió lo suficientemente mejor como para bajar al comedor y pedir una aspirina.

Cuando marchaba hacia él, lo detuvo el conserje.

—Señor... La señorita Vrashilova antes de marcharse ha dejado un mensaje para usted.

Sacó un sobre de un casillero y se lo entregó.

Una vez más, la nota era muy breve:

«Lo siento, pero tú me obligaste a hacerlo. Eres un tonto.

»Iliana.»

Como Ia nota no contribuyó a la disminución de su dolor de cabeza, Ronald reinició la marcha hacia el comedor y la aspirina. Pero el conserje volvió a detenerlo.

—Hay algo más, señor. La señorita ha..., bueno, ha pagado su cuenta.

Mientras, por fin, el americano se tragaba la aspirina no pudo dejar de sonreír pensando que lo del pago de la cuenta era todo un

detalle…

CAPITULO III

El 30 de noviembre de 1985, la CIA fue informada de que algo muy grave había ocurrido en la poderosa base nuclear soviética de Uelen.

Situada en el extremo occidental de la península de Chukotsk, Uelen es una pequeña población siberiana que tiene la particularidad casi increíble de estar a menos de dos centenares* de kilómetros de territorio USA, estrecho de Behring por medio. La base nuclear, levantada a unos diez kilómetros de Uelen, era una constante fuente de preocupaciones para Washington, ya que estaba equipada con toda suerte de ingenios, capaces de borrar del mapa todo signo de vida en Alaska y toda la costa oeste americana, hasta California, pasando, naturalmente, por el Canadá, en poco más de Io qué Breznev podía tardar en oprimir el consabido botón rojo.

Pero algo muy grave había ocurrido en ella, según información transmitida a Alaska por los tripulantes de un barco espía americano, que pasaba por ser ballenero, y patrullaba constantemente esas costas.

Al anochecer del primero de diciembre, con una temperatura exterior de 21 grados centígrados bajo cero, Ronald, tras varios transbordos, tomaba tierra en el minúsculo aeropuerto de Nome, el más próximo a Wales, desde donde sería llevado por bateo a territorio soviético.

El trayecto hasta Wales se realizó en un último modelo de los veteranos *snowcats*, que nada tenía que ver con sus incómodos antecesores. Este estaba dotado de confortables asientos, agradable —y graduable— calefacción, bar y todo tipo de comodidades. Como el paisaje era de nieve, nieve, nieve, Ronald durmió la mayor parte del recorrido.

En el pequeño puerto de Wales, al que arribaron pasada la medianoche, le esperaba un submarino especialmente construido para navegar las casi heladas aguas del Ártico. También tenía buena calefacción en el salón donde el americano pasó las pocas horas del trayecto.

Pero esta vez no durmió. Pasó el tiempo consumiendo café

hirviente y estudiando el informe que le habían entregado sus superiores sobre la base de Uelen, las características del terreno, y todo lo que se suponía debía saber un marino ruso de la flota local de balleneros, que era lo que Ronald representaría ser.

Su estancia en territorio soviético se reduciría a veinticuatro horas, al cabo de las cuales el mismo submarino que ahora le llevaba le recogería en un lugar convenido de la costa. Para tan corto lapso de tiempo, sus conocimientos del idioma ruso y su no desmentida inteligencia tenían que serles suficientes para sobrevivir en libertad.

Exactamente a las 05.00 horas, noche cerrada, por supuesto, el submarino emergió a la superficie y un bote de goma llevó a Ronald hasta la costa, más por acción de las olas que parecían siempre dispuestas a engullirlos, que por el silencioso y pequeño motor que un marinero accionaba.

Por fin tocaron tierra en una pequeñísima playa de arena. «Estos tíos conocen su oficio», pensó Ronald con admiración de la tripulación del submarino. Y el marinero del motor hizo un leve gesto de saludo y comenzó el retorno, dejándolo solo en tierra de la Unión Soviética.

No era la primera vez que la pisaba, por supuesto. Pero su media docena de viajes anteriores había pisado asfalto, no arena. Moscú, tres veces; Leningrado, dos, y una en Vladivostok, donde casi deja el pellejo.

Esto era muy distinto. Aquí, aunque no hubiera —que los habría— agentes de la KGB, era infinitamente más difícil ocultarse que en las concurridas «Perspectivas» de las grandes ciudades. Pero había que seguir adelante.

El primer inconveniente que le afectó no fueron los servicios secretos del Kremlin, sino el «general Invierno», siempre tan inclemente con los que intentan «invadir» la Unión Soviética. Ronald, tiritando y castañeteando, añoró la calefacción del snowcat y del submarino.

Le habían dicho que le dejarían a cinco kilómetros de Uelen y eso significaba caminar muy lentamente, para llegar a la población cuando sus vecinos, al menos sus pescadores, ya hubieran abandonado sus lechos.

Intentó caminar lentamente en dirección a su objetivo, pero pronto comprendió que eso era imposible. Pese a haber sido provisto

con ropas adecuadas para la región, todas de fabricación rusa, naturalmente; pese a las gruesas botas forradas interiormente con piel y a todo lo demás, sus pies se endurecían y sus manos y cara parecían volverse frágiles como el cristal.

Decidió caminar a paso de marcha, en dirección… a ninguna parte. Así, recorriendo un amplio círculo que comenzaba en la misma playa y tenía su punto más alejado en un bosquecillo, más allá de una carretera vecinal, pasó más de dos horas, hasta que las primeras luces del alba tardía de esas latitudes comenzó a colorear árboles y arenas.

En poco más de una hora, llegó a Uelen.

Para informarse de cualquier suceso, en cualquier parte del mundo, el mejor lugar es una taberna. A la primera que vio se encaminó el americano.

Mientras se bebía de un sorbo el trago de vodka que había pedido, elogió in mente al anónimo genio ruso inventor de bebida tan indicada para esas regiones.

Después intentó escuchar las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.

El reducido local estaba medianamente lleno con alrededor de una docena de hombres, la mayoría de los cuales parecían pescadores, a excepción de un par de ellos que podían ser obreros industriales. Los concurrentes formaban tres grupos, el más próximo al agente hablaba de una tal Lena, que debía ser algo grande haciendo el amor a juzgar por las admirativas expresiones que a sus cualidades se dedicaban, pero el tema no interesaba al oyente. Con la excusa de leer unos carteles fijados en la pared, se corrió hasta el fondo del local.

Allí dos pescadores y un obrero hablaban en voz baja. Ronald alcanzó a oír ¡as palabras «destrucción» y «Moscú», y ellas, unidas a la prudencia de los contertulios, le hizo intuir que ése sí sería un tema interesante para él.

Pero no podía acercarse más sin despertar las sospechas de los otros y, a la distancia en que se hallaba, no oía nada. Decidió jugarse el todo por el todo.

—¿Qué, amigos, hablando de lo de la base? —les propinó.

Los otros le miraron, entre sorprendidos y atemorizados.

—No os asustéis —rió, para tranquilizarlos—; vengo de

Vankarem y allí no se habla de otra cosa...

De inmediato se arrepintió del excesivamente arriesgado paso que acababa de dar. Los otros le miraron con desconfianza y se encaminaron lentamente hacia Ia barra, donde pagaron su consumición y abandonaron el local.

Insultándose a sí mismo con los epítetos más duros que su conocimiento del ruso le podía proporcionar, Ronald pidió otro vodka que, como el anterior, se bebió de un trago.

¿Y si esos tres, o alguno de ellos, lo denunciaban a las autoridades?

Realmente, se había comportado como un imbécil. «Usted sería un buen agente, si no fuera tan lanzado», le habían dicho sus jefes más de una vez. Pero la necesidad de acción estaba en su sangre. El no era un agente de laboratorio, sino de calle, de «barricada»...

Pero todas esas reconfortantes ideas, proporcionadas por el segundo vodka, no eran suficientes para borrar la estupidez cometida.

Cuando dos policías uniformados penetraron a paso de carga en el local, supo que todo estaba perdido.

* * *

Seis horas habían pasado desde su detención. Durante esas seis horas, o al menos, durante cinco de ellas, había sido sometido a constantes interrogatorios por un comisario de policía y un individuo alto y flaco, vestido con ropas de paisano, que Ronald imaginó el «residente» de la KGB.

Como no le sometieron a más torturas que la de las constantes preguntas y los hirientes focos de luz, persistió en su cuento de que era un marinero ruso de un pesquero ruso, con base en un puerto ruso.

Los otros pasaban de Ia risa a la furia, pero no pudieron —o no quisieron— sacarle más.

Al cabo de las fatigosas seis horas, el hombre de paisano dijo: «Que le envíen a su celda y le den de comer. Ya se encargarán de hacerle hablar.»

Después de una razonablemente buena comida a base de carne estofada, sopa y té muy fuerte y muy caliente, Ronald

se sintió mejor. Echado sobre un camastro y descubriendo con placer que la celda estaba bien calefaccionada —hasta ese momento el hambre le había impedido comprobarlo—, el americano decidió que los ruskys no eran tan malos, después de todo.

Entonces recordó las palabras del inquisidor: «Ya se encargarán de hacerle hablar», y no se sintió tan tranquilo. Mientras encendía un cigarrillo ruso —no le habían quitado sus pertenencias—, volvió a apostrofarse a sí mismo. Había cometido un error que avergonzaría a un principiante. «Y yo, en Io que a Ia CIA respecta, ya soy un *finalizante*», pensó con pena, porque amaba su trabajo, aunque a veces, como en esa oportunidad, resultara algo... fastidioso.

No tenía miedo por sí mismo, sólo fastidio. «Ahora tendré que pasar de cárcel en cárcel, hasta llegar a Moscú y al canje.» Pero para eso podían pasar meses. ¿Y la desaparición del Revival y el misterioso asunto de Ia base soviética? Otros tendrían que ocuparse de desvelar esos misterios.

«Para mí, la guerra ha terminado», pensó, con pena no exenta de vergüenza.

Y entonces se abrió Ia puerta de acero y la conocida figura de Iliana apareció en la abertura.

Para mayor confusión de Ronald, la chica reía a carcajadas.

—Oye, ¿es cierto que te dirigiste al primer soviético que encontraste y le preguntaste qué había pasado en la base? —preguntó, sentándose junto a él en el camastro y sin dejar de reír.

Ronald sacudió la cabeza furioso y no dijo nada.

Pero la otra estaba dispuesta a sacar el máximo provecho de la situación.

- Cuando me llamaron... yo estaba aquí cerca... para interrogar a un presunto agente americano y me dijeron cómo lo habían descubierto, puedes creerme que no pensé que se trataba de ti ... Cierto que yo soy mucho mejor que tú, pero lo que has hecho hoy...

El americano arrojó el cigarrillo contra la pared más alejada y se volvió ostensiblemente de cara a la pared, dando Ia espalda a su visitante.

Hubo un largo instante de silencio, después dijo Iliana, ahora con voz seria:

—Bromas aparte, Ronald, quiero hablar contigo.

El otro, que temía que la chica se hartara y se fuera, volvió algo la cara hacia ella, pero sin abrir la boca.

—Creo que ya tu gobierno estará convencido de que nosotros nada tuvimos que ver con la desaparición del Revival...

Era una afirmación, pero también una pregunta. Ronald se dignó hacer algo parecido a un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Gracias por tu disposición a colaborar —bromeó ella, prosiguiendo—: Ahora somos nosotros los que tenemos... o mejor debiera decir, ahora es mi gobierno el que teme que hayáis sido vosotros los responsables de lo que ocurrió en la base de Uelen...

El americano se incorporó, quedando sentado,' con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Qué ocurrió en la base? —quiso saber.

La chica levantó los hombros.

—Tarde o temprano vas a saberlo. De hecho, ya lo deben saber todos los espías del mundo... menos tú —Ronald encendió un cigarrillo, en gesto de menospreciar la burla—. La base —continuó ella— simplemente... desapareció...

Ronald la miró como no queriendo dar crédito a sus palabras.

—¿Que desapareció? ¿Es cierto eso?

—¿Acaso no ocurrió lo mismo con vuestro portaaviones? —se indignó ella.

—Sí, pero... Una cosa es un barco que puede hundirse en el mar..., pero una base terrestre...

—Pues desapareció. En suma..., no habéis sido vosotros, ¿verdad?

Ronald sonrió.

—Te agradezco que nos creas capaces de semejante hazaña —dijo—, pero lamento desengañarte: no somos capaces.

—Tampoco nosotros de hacer desaparecer un portaaviones...

Los dos se miraron. Fue Ronald quien resumió la situación.

—Si no sois vosotros, y no somos nosotros, ¿quién puede ser?

No había respuesta para esa pregunta.

Un silencio pesado y nervioso se abatió sobre los dos. También Iliana encendió un cigarrillo y los dos fumaron sin hablar, hasta que él dijo:

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—¿En qué has venido? —quiso saber ella—. ¿Un submarino, una

patrullera o qué?

Era inútil jugar a los espías.

—En un submarino.

—Que volverá a buscarte... ¿A qué hora y qué día?

—A las cinco de la madrugada de mañana.

—Bien, indícame el lugar y yo misma te llevaré.

—¿Por qué haces esto por mí?

Ella sonrió.

—¿No lo harías tú por mí?

El se confesó a sí mismo que sí, que lo haría, pero preguntó en cambio:

—¿Qué dirán los otros? —señaló a la puerta.

—Les diré que tú nos eres más útil libre que encerrado.

Los dos rieron, pero Ronald sin demasiada alegría. Empezaba a creer que Iliana podía tener razón...

* * *

La misma Iliana se empeñó en conducir el pequeño coche que llevó a Ronald hasta la playa donde, media hora más tarde, tendría que ir a buscarle el pequeño bote de goma con motor silencioso.

Ya en el lugar de Ia cita, el americano de pie sobre la arena que bordeaba la carretera por la que habían venido y la chica siempre tras el volante, él volvió a preguntar:

—¿Por qué has hecho esto?

Ella no parecía tener ganas de bromear ahora.

—No lo sé —respondió, con voz queda—. Tal vez porque me estoy hartando de jugar a los espías, o porque..., porque tú me caes bien.

El sintió de repente el impulso urgente, impostergable, de besarla. Y lo hizo. Aunque en incómoda posición, por la estrechez de la ventanilla, pero lo hizo.

—Ahora debiera preguntarte yo a ti por qué has hecho esto... —sonrió Iliana.

—¿Y no vas a preguntármelo?

—No —dijo ella, y pisó con fuerza el acelerador.

Mientras veía alejarse en la noche los dos puntos rojos en que se habían convertido los faros traseros del coche, Ronald pensó que

deseaba con todas sus fuerzas volver a ver a la chica.

Consultó su reloj. Aún faltaban casi veinte minutos hasta la hora fijada.

Los pasó marchando a paso forzado para combatir el frío y pensando en Iliana.

Que era otra forma de entrar en calor.

CAPITULO IV

La actuación de Ronald en Uelen fue muy negativamente valorada por sus superiores en Washington. Se habló de «re chazo ante el peligro», «fatiga del material» y otros tópicos. Un psiquiatra consultado estudió atentamente el caso y llegó a la notable conclusión de que el muchacho había obrado en la incomprensible forma en que lo hizo porque su subconsciente deseaba entregarse a los rusos, para así estar más cerca de Iliana. Al enterarse, Ronald quedó muy pensativo.

Pero verdad freudiana o no, él fue convenientemente apartado de los rusos. Se le envió a Sudamérica, encargado de detectar posibles golpes de Estado.

De todos modos, no eran las actitudes de Ronald lo que más preocupaba por esos días a los jefazos de la CIA. Dos días después de la poca lucida estancia del muchacho en terrirorio de la URSS, los máximos dirigentes del Kremlin se reunieron con sus homólogos de la Casa Blanca «en algún lugar» e intercambiaron información.

Es decir, intercambiaron mutuas seguridades de no tener •información. Los soviéticos convencieron a los americanos que nada habían tenido que ver con lo del Reviva! y éstos convencieron a aquéllos que no habían puesto sus manos en la base nuclear de Uelen. Aunque tácitamente, quedó claro que ninguna de las dos superpotencias poseía armas capaces de volatilizar portaaviones o bases terrestres.

Lo que llevaba al interrogante que ya se planteara en la cárcel de Uelen. Si no eran los soviéticos y tampoco eran los americanos, ¿quiénes eran?

Entonces ocurrió .lo que tenía que ocurrir. Un periodista desaprensivo rompió el gentlemen's agreement establecido a nivel mundial de no publicar absolutamente nada con relación a los extraños sucesos y tituló con caracteres tipo «catástrofe»: «Los extraterrestres nos invaden.»

Como un dique que vuela por los aires, liberando un torrente que todo lo arrasa a su paso, no quedó periódico, cadena de televisión o radio en el mundo, sin dar la noticia. La población, tal vez

acostumbrada al catastrofismo, no fue presa del pánico, pero sí se inquietó lo suficiente como para que Moscú, Washington y, tras ellas todas las capitales del mundo, tuvieran* que desmentir la noticia,, dando una edulcorada versión de las desapariciones, en la que se venía a decir que el Reviva! se había hundido por haber chocado contra rocas submarinas no señaladas en las cartas y que la base nuclear había tenido un serio desperfecto de funcionamiento, por lo que estaba provisionalmente clausurada.

* * *

Ronald leyó primero las alarmantes noticias, vivió después el jaleo popular y rió finalmente ante las ingenuas explicaciones, desde la terraza fresca y sombreada del hotel Guaraní, en Asunción, capital de la República del Paraguay.

Ya había estado en Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo y la Paz debiéndose tan constantes desplazamientos más al hecho de que se aburría como una ostra, que al deseo de detectar posibles golpes de Estado. Los que, por otra parte, interesaban tan poco a sus jefes como a él mismo.

El hotel Guaraní tenía piscina y buen aire acondicionado. Además, la tan pintoresca ciudad de Asunción le resultaba sumamente agradable. También, todo hay que decirlo, le resultaba sumamente agradable Eloísa, una dulce asunceñita de ojos grandes, tez morena y cuerpo «mezcla de diosa y princesa», como dice una popular canción del lugar.

Por todos estos motivos, más el disgusto que sentía por su desgraciada actuación en Uelen, Ronald prolongaba su estancia relajada y anodina en Asunción. Sus superiores se habían olvidado de él, por lo que no tenía problemas por ese lado.

Pero una tarde los problemas llegaron hasta él, que se bañaba acompañado por Eloísa en la piscina del hotel, de la mano de Edward Silver, «residente» de la CIA en la ciudad.

—Quiero hablar contigo, Ronald —fue el inquietante saludo del recién llegado al borde de la piscina.

—Habla —invitó el aludido desde el agua.

Pero Edward hizo un expresivo gesto que abarcaba todo el lugar en general, y Eloísa en particular.

—De acuerdo... Espérame en el bar —se rindió Ronald, sin disimular el fastidio que la interrupción le ocasionaba.

Cinco minutos después, los dos estaban sentados frente a frente en una pequeña mesa del bar situado en la misma planta y a muy poca distancia de la piscina.

—Larga el rollo —urgió Ronald, porque el otro parecía sorprendentemente confuso y bebía su zumo de pomelo con excesiva lentitud.

—Verás... No es fácil de explicar...

—¡Venga!

—Desde hace algunos meses... Claro que no es nada concreto...

—Basta, Edward. O hablas como un ser racional o vuelvo junto a Eloísa que es muy racional.

—Mira, Ronald, seré racional, como tú dices. Lo que quiero que comprendas es que yo no...

—Cuenta tu cuento primero y después decidiré por mí mismo lo que tengo o no tengo que comprender.

—De acuerdo. Desde hace unos meses me han llegado... no diré informes, sólo comentarios esporádicos de algunos informantes sobre actividades misteriosas en el Matto Grosso...

—¿Actividades misteriosas en el Matto Grosso...? ¿Macumbas y cosas por el estilo? —pese a su poco tiempo de permanencia, Ronald ya estaba al tanto de las costumbres lugareñas.

Edward hizo un fastidioso gesto de rechazo.

—¿Me estás tomando por idiota? —protestó—. No te iba a arrancar de la compañía de tu querida Eloísa por historias sobre macumbas, sacrificios humanos o cosas por el estilo. No, esta vez se trata de algo muy distinto. Gente que ha llegado de lo más profundo de la selva, hacheros, fazendeiros y comerciantes, dicen haber visto seres extraños...

Ronald comenzó a incorporarse.

—Adiós, Edward, tengo una cita urgente —masculló, pero el otro le cogió por un brazo, obligándole a sentarse.

—Espera... También yo me indigné cuando me fueron con esos cuentos... Pero ahora empiezo a creer que puede haber algo de cierto...

—¿Por qué?

Edward encendió un cigarrillo, mientras Ronald lanzaba

ostensibles miradas en dirección a la piscina, junto a la cual Eloísa descansaba, echada sobre una tumbona.

—Hace tres días —comenzó el «residente»—vino a verme uno de mis informantes. Es el propietario de una fonda en Fuerte Olimpo, en el corazón del Chaco Paraguayo, junto a Ia frontera del Brasil. Venía a verme muy excitado porque un par de días antes llegó a su establecimiento un cazador venido de lo más profundo del Matto Grosso, con la historia de haber sido perseguido por unos seres extraños que ni eran indios ni eran blancos. El hombre afirmaba que le habían disparado con un arma que hizo desaparecer un árbol que estaba junto a él…

De repente, Ronald fue todo oídos y urgencias.

—Abrevia —urgió—. ¿Qué hiciste?

—Mi informante avalaba la seriedad del cazador, por lo que decidí tener una conversación personal con él…

—¿Informaste a Washington?

—No. Antes quería tener una información más completa.

Ronald se alegró de saber que Washington no había sido informada, aunque ignorando racionalmente el motivo de esa alegría.

—Alquilé una avioneta —seguía Edward— y nos fuimos los dos a Fuerte Olimpo. Pero cuando llegamos…

—El cazador había sido asesinado —completó Ronald.

El otro lo miró, francamente atónito.

—¿Conocías toda la historia y me dejaste…?

—No. No conocía tu historia, pero yo viví una muy similar.

—Intenté averiguar algo por allá —completó Edward, haciendo un gesto de impotencia con sus manos—, pero nadie me supo, o me quiso, dar razón de nada… Esta mañana regresé a Asunción y aquí estoy.

—¿Informaste a Washington? —volvió a preguntar Ronald.

—Pienso hacerlo esta - noche, a mi hora normal de conexión.

—No lo hagas, por favor.

El «residente» miró a su colega con auténtica sorpresa.

—Ronald —se quejó—, sabes que es mi obligación…

—Te lo ruego, Edward, déjame entrar en el caso y cuidarme de las comunicaciones con Washington. Tengo sobrados motivos para creer que puede haber directa conexión entre lo que tú me cuentas y

el verdadero motivo de mi estancia aquí…

La mentira era fragrante, pero el tono con que fue dicha lo suficientemente convincente como para no despertar sospechas en el oyente.

—Hombre…, si es así… Pero tú explicarás a Washington el porqué de no haber sido yo quien llamara, ¿verdad?

—Por supuesto, Edward, puedes estar seguro de ello. Esta misma tarde me comunicaré con Washington y les diré…

—¿Quieres utilizar mi circuito para conectarte?

—No, muchas gracias. Tengo circuito propio. Y ahora te dejaré porque tengo mucho que hacer… —cuando ya estaban los dos de pie, agregó—: Por favor, tenme preparada esa avioneta que tú utilizaste.

Veinte minutos más tarde hada uso de su «circuito propio» —el teléfono de su habitación— para comunicarse con su jefe, en Washington. De todos modos, no necesitaba utilizar ninguna clave especial para solicitar una semana de vacaciones por hallarse «bajo una fuerte tensión emocional».

Su jefe le concedió el permiso solicitado sin la menor vacilación. «Demasiado fácilmente», se preocupó Ronald.

Convencer a Eloísa de que debían separarse por una semana no fue tan fácil, pero también se logró.

CAPITULO V

Fuerte Olimpo resultó ser una pequeña población recostada sobre la margen sur del rio Paraguay, que allí era frontera entre el país guaraní y Brasil. Un pequeño puerto demostraba tener una vida muy activa y pequeños barcos de vapor se mezclaban con barcazas de transporte de mercancías, botes con motor fuera de borda y piraguas cuyos remos eran diestramente manejados por indios cubiertos por un pantalón corto y un sombrero de paja.

El calor era muy intenso y el ambiente estaba dominado por el fuerte olor a frituras que gordas indias preparaban en grandes sartenes, en una especie de mercadillo instalado junto al puerto.

Ronald dio fácilmente con la fonda del informante de Edward, que se había cuidado de comunicar por teléfono la llegada de su colega. El humilde establecimiento tenía el pomposo nombre del Albergue de Dos Mundos, pintado en su pared exterior.

Gracias a los buenos oficios de Edward, Ronald tuvo un recibimiento que no esperaba.

—¡Bien venido, señor Hutchinson! —se exaltó el propietario, al verlo atravesar la puerta—. Mi nombre es Deolindo Gutiérrez y será para mí un placer servirle en lo que pueda —completó, mientras estrechaba la mano de su acalorado visitante.

Gutiérrez era un hombre de unos cuarenta años, con el aspecto fuerte y los rasgos duros de quien ha pasado su vida luchando contra una selva hostil y una temperatura sofocante. Pero su mirada era despejada y su apretón de manos lo suficientemente firme como para que Ronald se sintiera dispuesto a confiar en él.

—Quisiera que usted me relatara... —comenzó el americano, pero fue rápidamente interrumpido por un terminante gesto de su anfitrión.

—No hablaré una palabra hasta que usted no se haya dado un buen baño y se haya puesto ropas frescas.

Era una buena idea. Ronald se dejó conducir hasta un inmenso y muy anticuado cuarto de baño y pasó en él una refrescante y reparadora media hora. Después volvió al mostrador, donde Gutiérrez le esperaba.

—Pasemos a mi despacho —invitó éste.

El despacho era una habitación que sólo contenía un grande y viejo escritorio, varias sillas y un par de archivadores. Pero los visillos de la única ventana estaban cerrados y la penumbra de la habitación era fresca y acogedora.

—Le he preparado algo... —invitó Gutiérrez, señalando algunas viandas que se hallaban sobre el escritorio.

Sentado frente a él, Ronald comió con buen apetito varias lonchas de jamón, un par de huevos fritos acompañados con mandioca en lugar de pan, y, como postre, el refrescante mango. Todo regado con la bebida nacional, el tereré, una infusión de la yerba mate, que se sirve muy fría y resulta deliciosa y muy indicada para combatir el calor y la sed.

Por fin, Gutiérrez alargó a su invitado un vaso lleno a medias con caña paraguaya y un par de cubitos de hielo, y se dispuso a hablar.

—Usted quiere información sobre lo que dijera el pobre Joao Alves antes de ser asesinado...

Ronald afirmó con la cabeza.

—Pues no es mucho lo que yo puedo decirle... Llegó aquí directamente desde la región de los pantanos del río Negro...

—¿Dónde está eso?

Gutiérrez abrió un par de cajones del escritorio, extrajo un mapa y lo desplegó ante los ojos de Ronald, señalando con el índice una extensa zona al norte de Fuerte Olimpo y a unos doscientos kilómetros de distancia.

—Estos son los pantanos del rio Negro —informóˆ. Miles de kilómetros cuadrados de tierras bajas y anegadizas, casi deshabitadas, pero con mucha caza. Joao Alves, según me contó nada más llegar, estaba exactamente aquí —señaló un punto equidistante entre los ríos Negro y Tacuarí, en plena zona de pantanos—, cuando escuchó el ruido de un motor. Una presencia humana es siempre bien venida en esos páramos, por lo que Joao abandonó su puesto de acecho y ascendió a la parte más alta de la pequeña isla en la que se hallaba. Un par de minutos más tarde, vio una extraña embarcación...

—¿Embarcación... ?

—Sí, señor. No se olvide que se trata de pantanos y es mucho más fácil desplazarse por agua que por tierra. Como le decía, vio

una embarcación muy extraña… Era redonda, parecía fabricada con material plástico transparente y marchaba a una altura de casi medio metro sobre el nivel de las aguas…

—Eso no es extraño. Hay un tipo de vehículo acuático…

—Lo sé, señor. Los tenemos en el Paraguay desde hace años. Pero lo que llamó la atención de Joao fue la forma de la embarcación y, después, los que la conducían…

—¿Pudo verlos? —preguntó Ronald, con inocultable excitación.

—No muy bien, según me dijo. Pero lo que vio le convenció de…

—¿De qué? —urgió el americano ante la vacilación del otro.

—Señor… —tanteó Gutiérrez—, Yo he conocido a Joao Alves por espacio de veinte años y nunca le pillé en una mentira. Bebía, pero no más de lo que todos lo hacemos por culpa de este condenado calor… Y me juró que sólo había bebido caña mezclada con agua ese día…

—¿De qué se convenció Alves?

—De que los que tripulaban la embarcación no eran seres humanos.

Hubo un largo silencio, después preguntó Ronald:

—¿Por qué pensó semejante cosa?

—Alves tenía una vista de águila. Aunque estimó la distancia entre él y la embarcación en unos ochenta metros en el momento de mayor proximidad, pudo ver a sus ocupantes con cierto detalle. Dice que tenían cabezas redondas y creyó ver una especie de antenas que salían de sus orejas…

—Podían ser auténticas antenas…

—Alves no era tonto, señor, y perdóneme por decirlo. Si él dijo que no eran seres humanos…

—De acuerdo. ¿Qué pasó después?

—Al parecer, los ocupantes de la embarcación lo descubrieron, porque pusieron proa hacia él. Pero mi amigo desconfió de ellos y descendió a la carrera de su posición, atravesó una franja de agua y se internó en la selva…

—Pero tengo entendido que dispararon sobre él…

Gutiérrez movió varias veces la cabeza antes de continuar.

—Esa es la parte más increíble de todo el cuento, señor —dijo por fin—. El pobre Alves me aseguró que, en el momento que conseguía perderse entre la maleza, vio un tremendo resplandor a su

izquierda y un grueso árbol desapareció...

—¿Cómo definió ese resplandor?

—Como un rayo. Como el resplandor de un rayo.

Ronald pensó en el «rayo de Alá» del pobre pescador turco, pero no dijo nada.

—Internándose en la selva, Alves sabía que estaría a salvo —continuó Gutiérrez—, ya que ningún vehículo acuático o terrestre puede penetrar en ella. Y en cuanto a la posibilidad de que le persiguieran a pie, él era capaz de desorientar al mejor...

—¿Le siguieron?

—No, no le Siguieron. Alves anduvo un par de minutos en zigzag y después se subió a un árbol para observar a sus perseguidores, pero no vio rastro de ellos. Un par de días después, regresó a Barranco Branco...

—¿Barranco Branco? ¿Dónde está eso?

—Cruzando el río —sonrió Gutiérrez, mientras señalaba hacia la ventana—. Es la población brasileira donde vivía Alves. Como todos mis amigos, él sabía que a mí me interesa... estar al tanto de las cosas raras que suceden, por lo que se vino a verme y me contó la historia. El resto, usted ya lo-conoce.

—Sí, lo conozco —asintió Ronald, admirando la delicadeza del paraguayo para hacer referencia al asesinato de su amigo.

Hubo otro silencio, que los dos aprovecharon para beber largos tragos de sus vasos de caña, en los que el hielo ya se había derretido.

—Quiero ir a los pantanos del río Negro —dijo Ronald, finalmente.

—¿Usted solo? —había inquietud en el tono.

La pregunta era pertinente. ¿Qué podía hacer él solo en la selva en la que se perdían hasta los conocedores?

—¿Puede usted proporcionarme algún guía de confianza? —preguntó a su vez.

—Sí —sonrió Gutiérrez—, Yo mismo.

—¿Usted? —se sorprendió el otro—. Pero usted tiene un trabajo que atender...

—Mi mujer y mis hijos se arreglan perfectamente sin mí.

—Gutiérrez, yo le agradezco, pero... esto puede ser peligroso...

El paraguayo encendió lentamente un flaco y retorcido cigarrillo.

—Alves era mi mejor amigo —dijo después, como para sí mismo, agregando—: Nadie, hombre o demonio, puede asesinar cobardemente a un amigo de Gutiérrez sin recibir su castigo...

A Ronald el hombre le había caído bien desde el primer momento. Además necesitaba un guía. Y, según su propia filosofía, cada hombre tenía derecho a disponer de su vida como se le antojara.

—De acuerdo —dijo, y al otro se le iluminó la cara—. Usted vendrá conmigo. Habrá que preparar provisiones y algún pequeño equipo, más una canoa o lo que sea. Le daré dinero para que usted...

Gutiérrez le interrumpió sonriente.

—Tengo todo preparado, señor —informó—. Si usted está de acuerdo, partiremos al amanecer.

CAPITULO VI

La vida en la selva resultó una experiencia fascinante, abrumadora para Ronald. Lo que de inmediato se hizo patente para él fue la imprescindible necesidad que tenia de Gutiérrez para moverse por ese mundo que podía convertirse en trampa mortal para los que no lo conocían.

Pero el paraguayo sabía cómo proceder entre la maraña y los pantanos. El equipo que había reunido era una maravilla de síntesis y precisión. El americano sólo había agregado un pequeñísimo pero muy potente aparato de radio, que le permitiría estar en contacto con Edward, y un también pequeño pero potente arsenal, que había llevado consigo desde Asunción, casi vaciando la «sala de armas» del «residente». Una pistola de rayos láser, ampollas de gas paralizante, un fusil de superprecisión y alguna cosa más.

Llevaban cuatro largos días recorriendo las marismas del río Negro, a bordo del bote con motor que Gutiérrez incluyera en el equipo, sin haber visto nada más sospechoso que iguanas, monos y serpientes. El calor y, especialmente, la humedad, eran sofocantes. Con sólo unos shorts y un sombrero —como los indios de las piraguas— Ronald sudaba copiosamente y de vez en cuando maldecía el momento en que se le ocurriera realizar ese safari al infierno.

A mediodía volvieron a la especie de campamento que habían montado en la misma isleta desde la que el infortunado Alves viera la extraña embarcación. Gutiérrez se dispuso a asar unas partes de iguana, que cazara con su larga lanza antes de salir para la recorrida matutina.

El ver juntas una lanza y una pistola de rayos láser era motivo de divertida reflexión para Ronald. En cuanto a la carne de iguana, sabía muy bien, pero, después de cuatro días de convivir con ellas y de comerlas de vez en cuando, el americano comenzaba a hartarse de tal dieta. Como para preparar el estómago, bebió un largo trago de whisky de una de sus cantimploras.

—El whisky le hará sentir más calor —reflexionó Gutiérrez, que no debía sentir mucho frío tan cerca del fuego.

—Me ayuda a digerir la iguana —explicó al otro.

—Esta noche cambiaremos de menú...

—¿Mono o serpiente?

Gutiérrez rió.

—Ni una cosa ni la otra —respondió—. Algo realmente exquisito...

Nunca podría enterarse Ronald de cuál era ese exquisito manjar. Abruptamente, el paraguayo interrumpió su frase y se incorporó, reclamando silencio con un gesto a su compañero.

Alertado, éste de inmediato descubrió el motivo de la alarma. El ruido, apenas perceptible aún, pero creciente, de un motor ingresaba en el coro ruidoso de la selva.

Con notable habilidad, Gutiérrez desparramó en un instante las maderas encendidas, echó ceniza sobre ellas, apagando el fuego, y ocultó lo mejor que pudo, ahora ayudado por Ronald, los signos más visibles del campamento. El fuera de borda, totalmente rodeado por altos juncos, era invisible a ojos extraños.

Echados cuerpo a tierra, los dos oían crecer segundo a segundo el rítmico sonido del motor. Por fin, vieron la embarcación.

Era tal como Alves la describiera. Construida con algún tipo de material plástico, redonda y transparente. En su interior se veían dos seres. Ronald no tenía la vista de águila del brasilero, pero tenía unos buenos binoculares. No necesitó mirar mucho para llegar a una conclusión.

—No son humanos —informó a su compañero.

La embarcación, desplazándose a gran velocidad a unos cincuenta centímetros de altura sobre el nivel de las barrosas aguas, desapareció de la vista de los observadores.

—Seguirla es imposible —se lamentó Ronald—. Oirían el ruido de nuestro motor y, además, su velocidad es muy superior a la de nuestro bote...

—Pero igual les seguiremos —sonrió Gutiérrez, regresando al lugar donde ocultara la carne de iguana ya casi asada,

—¿Cómo podríamos seguirles?

—Por las huellas que van dejando.

—¿Huellas en el agua..?.

El paraguayo volvió a sonreír, hizo un gesto evasivo, y sirvió a su compañero un buen trozo de carne.

—Ahora han girado a la izquierda…

Tras comer rápidamente, iniciaron la búsqueda. Poco tardó Ronald en sentirse admirado por la ciencia de su compañero que era capaz de seguir un rastro «en el agua». Siempre encontraba signos del paso de los extraños seres. Ramas de junco quebradas, cursos de agua despejados de toda obstrucción por el paso de la embarcación y, especialmente, ramas y follaje con signos dé quemaduras, producidas por la expansión de los gases del poderoso motor.

Llevaban más de dos horas en tan excitante actividad, marchando siempre hacia el norte, en dirección, según informara Gutiérrez, al río Tacuarí. La zona era, según el paraguayo, visitada por algunas tribus de indios nómadas y casi inhabitable, por Io malsano de esas tierras pantanosas,, donde todas las aguas estaban contaminadas y millones de insectos hacían la vida imposible a los seres humanos.

«Pero ésos no son seres humanos…», pensó Ronald, mientras por segunda vez en esas dos horas se embadurnaba cara, brazos, piernas y cuerpo con líquido insecticida.

Desde hacía algún tiempo, la selva se espesaba junto a ellos. En algunos trechos, el follaje se cerraba sobre sus cabezas. Aunque esto suponía el verse libres de los rayos de un sol de justicia, el insoportable nivel de humedad que en esas cavernas verdes había, neutralizaba con creces toda posible sensación -de bienestar.

Acababan de salir de una de esas cavernas, cuando Gutiérrez apagó de improviso el motor e hizo a su compañero un signo de silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste, que no veía ni oía nada anormal.

—El silencio —susurró el paraguayo.

—¿Qué…?

—El silencio —volvió a repetir Gutiérrez, señalando con un gesto circular de su mano el entorno que les rodeaba.

Ronald comprendió. En efecto, un extraño silencio reinaba en esa parte de la siempre bulliciosa selva tropical. Ni graznidos de aves, ni chillidos de monos… ni siquiera el infernal concierto que miríadas de mosquitos organizaban constantemente para ellos.

Tras el túnel de follaje que abandonaran, la tierra retrocedía y las aguas formaban una especie de lago circular, de unos cien metros de

diámetro. Gutiérrez observó con detención extrema las orillas y, finalmente, ayudado con un remo, dirigió el bote hacia la orilla izquierda, recorriéndola durante varias decenas de metros, siempre observando atentamente signos invisibles para Ronald. Al llegar a determinado punto, hundió el remo hasta encontrar el fondo y, haciendo fuerza con él, empujó al bote hasta vararla en Ia orilla. Después saltó a tierra, haciendo un gesto al americano para que le siguiera. Esto lo hizo, pero no antes de coger la pistola y el fusil.

—¿Qué ha visto? —susurró al oído del paraguayo.

—Visto, casi nada... Pero creo que no estamos lejos de esos tipos... —contestó el otro, en el mismo tono. E inició muy decidido la marcha hacia lo profundo de la selva, seguido por Ronald, que le había entregado el fusil.

Anduvieron casi media hora por un terreno punto menos que impracticable por la mezcolanza de raíces y lianas que obligaban a medir cuidadosamente cada paso. Pero, poco a poco, comenzaron a ascender y el piso se hizo más firme y limpio.

De improviso, Gutiérrez, que abría la marcha, detuvo a su compañero asiéndole por el codo y le obligó a buscar refugio tras el grueso tronco de un árbol.

—Les tenemos a una docena de metros —susurró a Ronald.

Cuidando de no hacer el menor ruido, los dos se echaron a tierra y avanzaron con extremas precauciones, hasta alcanzar un lugar adecuado para observar.

No tardaron en verlos. A los dos seres y a su embarcación que, evidentemente, era anfibia. Estaban en un claro de la selva en el que numerosos arbustos chamuscados y un alisa-miento artificial del suelo denunciaban que el lugar era utilizado con frecuencia por el vehículo anfibio.

Gutiérrez dirigió al americano una interrogativa mirada, que lo sacó de sus abstracciones. El significado de la mirada era muy claro. Quería decir: «Y ahora, ¿qué hacemos?»

La respuesta no era fácil. Menos fácil, desde luego, que matar a esos dos seres... si se trataba de seres vivos y no de robots invulnerables al láser, desde luego. Pero ¿qué se obtendría con matarlos? Lo importante era descubrir la base principal que no podría estar muy lejos, ya que la autonomía del anfibio no podía ser tan grande, penetrar en ella como fuese y saber —como Ronald

imaginaba— si eran esos seres los responsables de las desapariciones.

Los observó con mayor atención, mientras pedía paciencia a Gutiérrez con un gesto. Los dos estaban en cuclillas junto a la nave, sorbiendo algún líquido por medio de sendos tubos flexibles que desaparecían en el interior del anfibio, a través de una portezuela abierta. Aunque la posición dificultaba el cálculo, Ronald estimó que la altura de los dos no excedería del metro sesenta. Sus brazos y piernas eran más cortos que los de un ser humano, en relación con la estatura, y sus cabezas presentaban esa redondez que llamara la atención de Alves. Vestían ajustados monos similares a los de los astronautas terrestres; el americano supuso que estarían dotados de algún sistema de refrigeración, ya que, de no ser así, el calor sería insoportable para los que los llevaban.

Pero ése no era problema del americano, ya que tenía bastante con decidir la más conveniente línea de actuación.

Descartó definitivamente la posibilidad de matar a los dos y hacerse con la embarcación. Su duda era ahora si intentar seguirlos, o hacerlos prisioneros y obligarlos a hablar.

Seguirlos podía ser excesivamente peligroso y no ofrecía completas garantías de éxito, aun en el caso de que no fueran descubiertos. El anfibio era muchísimo más veloz que el bote y la pista podía perderse. En cuanto a hacerlos prisioneros para que confesaran el emplazamiento de la base, ¿qué métodos de «tortura» hay que emplear para hacer hablar a extraterrestres?

La elección era difícil y los minutos pasaban, impacientando a Gutiérrez. Pero entonces ocurrió algo que apartó a Ronald de sus cavilaciones.

Algún sonido, inaudible para los humanos, alertó a los del anfibio, porque ambos alzaron sus redondas cabezas y miraron hacia el interior de la nave. Uno de los dos se quitó el tubo de la boca e, incorporándose, atravesó la portezuela. Salió un par de minutos más tarde, sosteniendo en su mano derecha un instrumento irreconocible para los observadores, pero muy similar a una flauta.

Al ver el instrumento en manos de su compañero, el otro extraterrestre también se puso de pie y lanzó una furtiva mirada en torno suyo. Estas actitudes inquietaron a Ronald, qué intuyó un estado de alerta en los extraterrestres. Preparó su pistola e invitó a

Gutiérrez con un gesto a hacer lo propio con el fusil.

El ser que empuñaba el instrumento desconocido, se lo llevó a la boca y los humanos pensaron por un instante que, efectivamente, se trataría de algún tipo de flauta.

Pero no fueron sonidos musicales los que salieron del tubo, sino una especie de haz luminoso que, con un ominoso silbido, marchó zigzagueante y a velocidad tremenda hacia el lugar donde se ocultaban los humanos.

CAPITULO VII

Ronald intentó afinar la puntería y disparar una descarga de su pistola, pero ya era tarde. No pudo mover su brazo, ni siquiera sus dedos. Como su mente estaba totalmente lúcida, de inmediato comprendió que les habían paralizado con algún tipo de gas que, a diferencia del que dejaran abandonado en el bote, no provocaba la menor disminución psíquica durante el tiempo que duraba su efecto.

Naturalmente, la parálisis motriz era total, lo que también incluía los músculos ópticos. Sólo cuando los dos seres estuvieron junto a ellos, pudo verlos. Ahora no llevaban nada en sus manos, por lo que Ronald interpretó que no iban a matarlos. Al menos de momento.

En efecto, lo que hicieron fue cargar con ellos y transportarlos hasta el anfibio. Y, pese a que el momento no era para admiraciones, el americano se admiró de la facilidad con que esos hombrecillos los llevaban, pese a tener, seguramente, menos kilos que ellos mismos.

El anfibio tenía cuatro asientos, por lo que fueron sentados en los dos posteriores. El que no tomaran ninguna medida para evitar posibles ataques o intentos de fuga, hizo comprender a Ronald que el efecto de gas sería prolongado.

De todos modos, el viaje no fue demasiado largo. No más de treinta o cuarenta minutos en los cuales, dada Ia alta velocidad del vehículo, el americano estimó que habrían recorrido setenta u ochenta kilómetros. La dirección le pareció que era la misma que llevaran durante la persecución, es decir, rumbo norte.

El terreno, que ya había comenzado a elevarse en el claro en el que fueron aprehendidos, siguió su lento declive ascendente. Los pantanos dejaron paso, primero, a un curso de agua bien delimitado, y después, a tierras secas con visibles elevaciones que casi podían llamarse colinas. Lo que fue una sorpresa para Ronald que no esperaba encontrar tierras altas en esas latitudes.

Tras una de esas colinas se detuvo el vehículo. El americano, obligado a mirar al frente, sin poder permitirse la más mínima desviación, no pudo siquiera imaginar lo que ocurría tras la detención, hasta que comprendió que estaban descendiendo .

Muy pronto tuvo la confirmación visual: una pared lisa y bien iluminada por focos para él invisibles, se ofreció ante sus inmóviles ojos. El descenso duró menos de un minuto, lo que estimó que podía representar, de acuerdo a la velocidad, algo así como veinte o treinta metros.

Por fin el anfibio se detuvo, los conductores abrieron las portezuelas y cargaron con ellos a través de una inmensa nave, que Ronald imaginó hangar, de un pasillo, un. ascensor que descendió y de otro pasillo. El viaje terminó para los prisioneros en sendas camas sobre las que fueron echados sin demasiadas contemplaciones. Tras ello, los dejaron solos.

No pudiendo hablar, moverse, ni tan siquiera mirar a su compañero, el americano optó por intentar Io que le enseñaran en el entrenamiento: dormir. «El soldado cuando no pelea, duerme», le había reiterado hasta la saciedad un viejo sargento. El siempre había imaginado que, además de pelear y dormir, el soldado haría otras cosas, pero ahora dormir era lo único que podía intentar, ya que seguir per.sa-.;: no le llevaría más que a deprimirse.

Obligando a su mente a cesar el flujo torrencial de ideas, proyectos y temores, logró acceder al sueño. Pero no pudo evitar que una última inquietud quedara flotando en su cerebro: «¿Cómo nos descubrieron?»

* * *

Tras el inevitable «¿Dónde estoy?», Ronald emergió del sueño para descubrir que podía moverse con entera libertad. Y eso incluía, no sólo el haber desaparecido totalmente el efecto del gas, sino también el no estar atado de ninguna forma. Se sentó en la cama y miró a su compañero. Aún dormía, por lo que concentró su atención en el entorno.

La habitación era de tamaño mediano, alrededor de cuatro metros en cada uno de sus lados y contenía, además de las dos camas, una mesa, dos sillas y lo que debía ser un armario empotrado, del que sólo se veía la cerrada puerta. Otra puerta, ésta abierta, comunicaba con otra habitación, que Ronald imaginó podía ser un cuarto de baño. Los escasos muebles eran todos de evidente fabricación terrestre.

Algo atrajo su atención: la habitación en la que se encontraban no tenía puerta. Un hecho curioso, que para el observador sólo podía tener una explicación y ésta era que algún sistema de «cierre» electrónico o lo que fuera, debía existir.

Decidió comprobarlo y bajó de la cama, dirigiéndose lentamente hacia la abertura exterior de la estancia. Centímetros antes de llegar a ella, una mediana descarga de aparente tipo eléctrico le devolvió, trastabillando y algo obnubilado, al lecho que acabara de abandonar.

Minutos más tarde, despertó Gutiérrez, lo que fue un alivio para el furioso americano.

—Nos han cogido como a ratones subnormales —saludó a su compañero.

El paraguayo movió la cabeza, sin responder, mientras extraía del bolsillo de su camisa uno de sus infaltables cigarros y un mechero. Alargó el cigarro al americano.

—Fúmese uno de éstos —invitó.

La reacción primaria del otro fue rechazarlo, ya que hasta el olor le resultaba fuerte en exceso, pero recordó que sus propios cigarrillos habían quedado en el bote y se decidió a aceptarlo. Gutiérrez sacó otro para él y los dos fumaron durante unos instantes en silencio.

—No me explico cómo nos descubrieron —dijo el paraguayo, por fin.

—Tampoco yo, excepto que tengan algún sistema de detección.

—Nos hubieran «detectado» antes...

—Sí, cierto. Y, además, creo que fueron avisados de nuestra presencia.

—¿Avisados?

—Sí. Recuerde que uno de los tipos penetró en el anfibio y salió armado con la «flauta». Creo que los llamaron y les dijeron que nosotros estábamos allí...

—Pero ¿quién puede haberlo hecho?

—Si lo supiera...

—Nadie puede habernos visto seguirles.

—También creo lo mismo, pero no podemos estar seguros de ello.

Gutiérrez dio un par de largas chupadas a su cigarro y después

dijo:

—Supongo que esto será el fin para nosotros...

No había resistencia, ni mucho menos temor en la voz, sólo algo parecido al cansancio.

—Siento haberlo metido en esto, Gutiérrez.

—No me metió usted, me metí yo solo. Lo hice porque quería vengar la muerte de mi amigo Joao Alves. Lamento no haber podido cumplir con mi misión, pero estoy seguro que estos asesinos no se saldrán con la suya.

Ronald pensó que lo más probable era que sí se salieran, pero lo que dijo fue otra cosa. Algo que no era la primera vez que lo pensaba.

—Estos seres, extraterrestres o lo que sean, no mataron a Joao Alves.

Gutiérrez se le quedó mirando, con su cigarro a centímetros de su boca y expresión atónita.

—Entonces, ¿quién...?

—Seres humanos, Gutiérrez. De eso estoy seguro. Alves fue asesinado por la bala de una pistola «humana». Y otro hombre, muy lejos de aquí y meses atrás, también fue asesinado de la misma manera. Los dos habían visto algo y se les mató para que no contaran lo que habían visto...

—¿Un ser humano mató a Joao...? —Gutiérrez daba vueltas a la idea en su cabeza y parecía gustarle—. Si llego a ponerle las manos encima...

Entró un extraterrestre con dos bandejas llenas de comida. Muy pronto los dos pudieron comprobar con satisfacción que se trataba de comida «terrestre» y dieron cuenta de ella, porque hacía largas horas que no probaban bocado. «Es mejor que la iguana», pensó Ronald de lo que acababa de engullir, pero no lo dijo para no ofender a su compañero.

* * *

Una hora después, los dos fumaban en silencio sendos cigarrillos americanos que sus carceleros les llevaran en generoso número, junto con los alimentos.

«¿Por qué nos atienden tan bien, en lugar de matarnos?», se

preguntaba Ronald por centésima vez, echado sobre la cama y con los ojos entrecerrados.

La situación se le antojaba incongruente y hasta ridícula. ¿Por qué habían matado a Joao Alves y al pescador turco, y no les mataban a ellos?

¿Es que esperaban sacarles algo?

Pronto, muy pronto, iba a tener la respuesta.

—Tenemos visita —masculló Gutiérrez y Ronald se apresuró a abrir los ojos y mirar hacia la abertura exterior.

En ella, y muy sonriente, estaba Iliana.

CAPITULO VIII

—¡Con que se trataba de los rusos, después de todo! —estalló Ronald al verla.

Ella se acercó, siempre sonriendo, y se sentó en una' de las sillas, quedando a menos de dos metros del americano, que se incorporó de un salto y reprimió su primer impulso de ahorcar a la chica, al ver en la abertura exterior a un «extra-terrestre» con una «flauta» en su mano.

—Siéntate, Ronald. Tenemos que hablar.

Consciente de la tensión de Gutiérrez, que mal podía entender esa relación, el americano se sentó al borde de su cama.

—No se trata de los «rusos»... —comenzó Iliana, pero el otro la interrumpió furiosamente.

—¿Me vas a decir, que se trata de la CIA?

—No, de ser así, tú estarías en mi lugar...

—¿Entonces...?

—Ronald —Iliana encendió un cigarrillo de los que habían quedado sobre la mesa, con manos nerviosas—, tenemos que hablar y no tenemos mucho tiempo para hacerlo...

El volvió a interrumpirla, esta vez con un gesto de su mano. Ignoraba si Gutiérrez entendía el inglés, ya que siempre habían hablado en español, y no quería dejarle al margen de la situación.

—Gutiérrez, esta... maldita traidora, es una agente soviética. Dice que tiene que hablar conmigo. Le tendré al tanto de lo que rae diga.

—Gracias, Ronald. Entiendo el inglés, pero prefiero que usted me traduzca lo que pueda ser de- mayor importancia.

Ronald hizo un gesto de asentimiento y se volvió hacia la silenciosa Iliana.

—Habla —le ordenó, con voz que no disimulaba sus sentimientos hacia ella, pero recordó algo y habló él antes—: Supongo que tú mataste al pescador turco y al brasilero —dijo, pero en ruso, para que Gutiérrez no pudiera entenderlo.

Ella hizo un gesto despectivo con la cabeza.

—Bien —siguió Ronald, ahora en inglés—, puedes empezar tu charla.

—Ronald, un nuevo orden está a punto de imponerse en nuestro planeta…

—Eso ya lo dijeron cuarenta estúpidos dictadores, desde algún desconocido etrusco, hasta…

—Esta vez es distinto. Será un orden…

—Justo, donde cada ser humano recibirá de acuerdo a sus necesidades y dónde el Estado velará por la felicidad de todos y cada uno. No es la primera vez que desde el Kremlin…

—Te he dicho que nada tiene que ver en esto la Unión Soviética.

—¿Y cómo estás tú aquí?

Iliana le dedicó una mirada en la que se combinaba el desprecio con cierta dosis de conmiseración.

—¿Es que aún no te has dado cuenta que estos seres —señaló al que montaba guardia— no son humanos?

—¡Por supuesto que me he dado cuenta! ¡Pero tú sí eres humana! Bueno…, en cierto sentido.

Ella pasó por alto la ironía.

—Yo trabajo para ellos —dijo simplemente.

Por supuesto que Ronald ya había imaginado algo por el estilo, pero no dejó de asombrarse.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó, tras unos segundos de silencio, que aprovechó para seleccionar una, entre las muchas preguntas que se agolpaban en su mente.

—Seres de la Galaxia Trekar. Concretamente de Tarka, uno de los planetas de la galaxia. Son nuestros vecinos más próximos, fuera del sistema solar, y se han propuesto gobernar la Tierra y todos los otros planetas habitados…

—Para esclavizarnos.

—Nos darán paz.

—A cambio de nuestra libertad.

Iliana perdió la paciencia. Su cara, tan bella y tan armónica siempre, se descompuso en un rictus de odio. Ronald se impresionó, al descubrir que por primera vez la veía como realmente era.

—¿De qué nos sirve «nuestra libertad»? —estaba diciendo ella—. Dentro de muy poco, por cualquier estupidez, tu país y el mío se darán el gusto de lanzarse uno al otro todas las bombas atómicas, de hidrógeno, de neutrones y de lo que sea, que vienen acumulando desde hace casi cuarenta años… La Tierra saltará en pedazos… ¿De

qué nos servirá entonces «nuestra libertad»?

—Como tú misma acabas de decir, hace casi cuarenta años que se vienen almacenando ingenios nucleares... y no ha habido guerra. Lo que tú y yo sabemos, lo saben mucho mejor aún nuestros gobiernos. Saben que una guerra nuclear significará el fin de todos los contendientes. Y sumando a la destrucción directa la contaminación, el fin de todo rastro de vida en el planeta...

—Todo eso son palabras, Ronald, y tú lo sabes. Los trakarios son más prácticos. Tienen una civilización que se adelanta a la nuestra en varios cientos de años. Han organizado perfectamente su mundo. En él hay un solo gobierno y un solo pueblo, por eso no hay ni puede haber guerras. Aquí harán lo mismo. Garantizarán la paz para la Tierra. Acabarán con las guerras para acabar con los muertos...

—Y para eso empezaron por matar a toda la tripulación del Revival y a todo el personal de vuestra base siberiana...

—Tenían que hacer conocer su poder y su decisión a los gobiernos de la Tierra.

Ronald hizo otra de las preguntas que le quemaban la lengua.

—¿Cómo te reclutaron?

Iliana se permitió una sonrisa.

—Esperaba la pregunta —dijo—. Hace casi un año, los trekarios enviaron una nave a Ia Tierra con la misión de organizar un pequeño grupo de humanos dispuestos a luchar por el nuevo orden...

—Quintacolumnistas, traidores, o cosas peores se les llama.

—No seas ingenuo. Olvídate de la Segunda Guerra Mundial. Es de evitar la Tercera de lo que se trata.

—¿Por qué .te eligieron a ti?

—Poseían información muy completa sobre los más diversos aspectos de la vida en la Tierra. También sobre los integrantes de los principales servicios de espionaje. Invitaron a unirse a ellos a los mejores agentes...

La voz se hizo burlona al término de la frase. El tono decía bien a las claras: «A ti no te invitaron.»

Para canalizar su furia, Ronald se 'volvió a Gutiérrez.

—¿Entiende lo que estamos diciendo? —le preguntó..

—Sí —contestó el otro—. Y no me gusta nada el plan de esos trekarios o como se llamen.

—Tampoco a mí. Estoy harto de tiranías —dijo Ronald y volvió

su atención a Iliana—. Sigue —ordenó.

—Nuestra misión, hasta que se estableció esta base, consistió en enviar información a Trekar sobre las más diversas materias. También se nos indicó la conveniencia de buscar nuevos adeptos. Para eso constituimos una sociedad más o menos secreta, llamada Mensajeros de la Vida…

—Más lógico sería que os llamarais Mensajeros de la Muerte.

—Tuvimos más éxito del que puedas imaginar…

—Abrevia, Iliana. Prefiero una muerte rápida a tener que escucharte…

Tal vez exagerara, pero era cierto que le dolía escuchar a esa mujer a la que pudo haber amado… a la que tal vez amó… intentando justificar su horrible traición. «¿Por qué lo habrá hecho? —se preguntaba el americano—. ¿Por dinero?» Eso era absurdo. Tampoco por deseos de poder o de gloria. «No —decidió—, Io ha hecho porque le han prometido la vida cuando ellos dominen al mundo. Porque le han asegurado que ella no será una esclava como el resto de sus congéneres. Por eso lo ha hecho.» La explicación no disminuyó el odio creciente que sentía por la mujer que muy poco antes había creído amar.

—¿Qué quieres de mí, si es que quieres algo? —preguntó con voz dura.

Ella le miró, con expresión tan dura como la voz de él.

—Quiero que seas nuestro mensajero —dijo.

—¿Otro Mensajero de la Muerte?

Ella no hizo caso del sarcasmo.

—Quiero…, es decir, mis jefes quieren, que transmitas a Moscú y a Washington nuestro ultimátum. El mensaje es muy breve y simple. Tú hablarás con tu presidente y nuestro primer ministro mañana. Desde ese momento, tendrán cuarenta y ocho horas para rendirse a nosotros. De no hacerlo, Washington y Moscú serán destruidas de inmediato. Veinticuatro horas más tarde, si aún no se ha producido la rendición, serán destruidas diez de las más importantes capitales del mundo…

Hizo una pausa, mirando a Ronald. Después dijo:

—Un pequeño detalle más. Si se intentara cualquier tipo de acción contra esta base, Washington y Moscú serán destruidas de inmediato. Nuestro sistema de detección puede avisar de cualquier

tipo de ataque nuclear o convencional con tiempo más que suficiente para destruir a las fuerzas que lo intenten.

Ronald se sintió inclinado a creerla. Muy poco había visto de los trekarios, sólo un vehículo anfibio, una «flauta» y el gas que ella expelía, pero tan pocos elementos, más su «olfato» profesional, le eran suficientes para comprender que la tecnología de esa galaxia era superior a la terrestre.

Iliana se puso de pie, señal evidente que daba por terminada la entrevista.

—Duerme ahora —dijo—. Dentro de seis horas vendrán a buscarte —como si lo recordara de repente, señaló a Gutiérrez—. Tu amigo se quedará aquí —dijo.

—¿Por qué? —se indignó Ronald—. ¿Es que acaso le necesitas como garantía de que cumpliré la misión que me endilgas?

—Si quieres decirlo así... —contestó ella con tono indiferente, agregando—: Dadas las circunstancias, ¿qué puede importar la vida de un ser humano más o menos?

—¡Claro! ¡Cuando pensáis matar millones! —estalló Ronald.

Iniciando la marcha hacia la salida, Iliana le sonrió.

—Eso depende de ti...

De un salto, Ronald se plantó ante ella. El guardia alzó su «flauta», pero Iliana le tranquilizó con un gesto.

—Es inofensivo —se burló, simulando dirigirse al guardia.

—¿Por qué me has elegido a mí como «mensajero»? —bramó el americano, sujetando a la chica por el codo.

Ella se desasió con un gesto de desagrado y dijo:

—Me encargaron a mí la selección de un humano idóneo para tan delicada tarea. Tal vez en recuerdo de los viejos tiempos, yo te elegí a ti. ¿Tienes algo que objetar?

Sin dejar de mirarlo burlona, comenzó a alejarse. El no se lo impidió.

Ya junto a la salida, se detuvo y dijo:

—No se quería una persona demasiado inteligente, ni demasiado importante. Más bien, un tipo del montón..., un mediocre.

Mucho después de haber desaparecido Iliana de su vista, Ronald seguía mirando sin ver la abertura por la que se había marchado. Al principio, porque se trataba de rearmar su mente; después, porque ya rearmada, comenzaba a elaborar un plan.

CAPITULO IX

No, no se trataba de un plan. No se pueden elaborar planes cuando se está en la situación en la que Ronald se encontraba.

Se trataba, más bien, de una decisión. La decisión de luchar.

No cumpliría pasivamente el papel que Iliana, tal vez como una refinada burla, le había asignado. Estaba totalmente convencido de que era preferible seguir con las «discusiones familiares» entre su país y la Unión Soviética, que entregarse atados de pies y manos a extraterrestres que lo único que buscaban era esclavizarlos.

Se volvió a Gutiérrez, que lo miraba inquieto.

—Confía en mí —le dijo, tuteándolo por primera vez—. Simularé obedecerles, pero buscaré la oportunidad para enfrentarme a ellos.

—¿Tú solo?

—¿Qué otro remedio nos queda? Ya has oído lo que ha dicho esa maldita rusa: si los humanos intentamos atacar esta base, ellos destruirán a la fuerza atacante y a Washington y Moscú.

—¿Crees que pueden ser tan poderosos como para hacerlo?

El americano recordó que Gutiérrez ignoraba las. desapariciones del Revival y de la base soviética de Siberia. Brevemente, lo puso al tanto de esos dramáticos hechos, callando todo lo referente a los asesinatos del pescador turco y de Alves, indudablemente realizados por Iliana; al menos el del turco, ya que ella se encontraba en Alanya en el momento de producirse el hecho.

¿Por qué no dijo al paraguayo que, casi con seguridad, Iliana era la asesina de su amigo? Se inquietó preguntándose si sería porque aún quedaban en él vestigios de los sentimientos que antes albergara hacia la muchacha.

Pero no era momento para consideraciones personales.

—Si han sido capaces de hacer desaparecer un portaaviones y una base nuclear —estaba razonando- el paraguayo—, indudablemente son capaces también de hacer desaparecer ciudades —dirigió una directa mirada a Ronald—. Son muy fuertes, amigo —dijo—, ¿qué. crees que podrás hacer tú solo contra todos ellos?

—No lo sé —confesó el interrogado—. Pero sí sé que mi obligación es hacer algo..., cualquier cosa, lo que pueda.

—Sólo conseguirás encontrar la muerte...

«¿Qué puede importar la vida de un ser humano más o menos? », estuvo a punto de decirle Ronald, pero prefirió permanecer en silencio.

* * *

Cuando el reloj del americano señalaba exactamente las 05.00 horas de la mañana, dos extraterrestres entraron en la habitación y le hicieron expresivas señas para que abandonara el lecho y les acompañara.

Ronald les obedeció de inmediato, porque estaba bien despierto. Había dormido varias horas, pero se había despertado antes de las cinco y, tras buscar en vano cualquier cosa que pudiera servirle de arma, se echó sobre la cama para volver a evaluar todas las posibilidades que podrían presentársele.

Básicamente, pensaba que sus guardianes podrían hacer dos cosas con él: imposibilitarle todo movimiento con cualquier medio, o directamente paralizarlo con el gas de las «flautas». Esto mientras durara el viaje, ya que seguramente le liberarían totalmente al dejarlo en el punto que hubieran elegido como destino, y que Ronald imaginaba sería algún lugar próximo a Fuerte Olimpo.

Pero en ese momento ellos se habrían ido —especialmente si le habían paralizado— y él ya nada podría hacer, porque era entre utópico y ridículo imaginar que por sus propios medios, sin la invalorable ayuda de Gutiérrez, pudiera volver a dar con la base subterránea. Y aun con la ayuda de Gutiérrez...

Por lo tanto, tenía que actuar antes de llegar al punto de destino o, en el peor de los casos, en él, pero antes de que sus guardianes se fueran con el vehículo que les hubiera llevado hasta el lugar.

Matar a los guardias... Podía ser tarea relativamente fácil o punto menos que imposible, según... muchas cosas. Pero, aun en el caso de que consiguiera deshacerse de ellos y quedarse con el vehículo, ¿cómo haría para encontrar el camino hasta la base y, una vez encontrada, penetrar en ella?

Este era el terrible dilema al que se hallaba abocado Ronald cuando los extraterrestres fueron a buscarlo.

Precedido por uno de los guardias y seguido por el otro, recorrió

a la inversa el camino que el día anterior le llevara, junto con Gutiérrez, hasta su celda. Vagamente había imaginado que Iliana iría a despedirlo, pero no fue así. Nadie se cruzó con ellos, hasta que llegaron a la gran nave que servía de «garaje» para los anfibios, de los que se veían seis o siete.

Nada había podido intentar Ronald durante el trayecto, porque el guardia que marchaba tras él apuntaba ostensiblemente con lo que parecía ser la reproducción en pequeño del avión supersónico que un día se llamó «Ala-Delta», pero que el americano imaginó sería algún tipo de pistola.

Varios extraterrestres, que el humano imaginó mecánicos, se afanaban junto a los anfibios, mientras otros permanecían sentados en un largo banco, junto a una de las paredes. Había demasiada gente para poder actuar.

Se encaminaron hacia-uno de los vehículos y el de la pistola entró el primero, ubicándose en el asiento trasero. A Ronald lo hicieron sentar en el delantero, junto a otro guardia, que se encargaría de conducir el anfibio.

De todo esto, Ronald dedujo que ni lo inmovilizarían con medios mecánicos, ni lo paralizarían con gases. Se limitarían a vigilarlo durante el trayecto con la contundente amenaza de la pistola, que no dejaba de apuntar a su nuca. Esto era bueno para sus planes.

«No se toman excesivos cuidados para dominarme, ya que no imaginan que yo pueda tener deseos de volver a su base», razonó. Y otra idea que se formó a continuación en su mente no contribuyó precisamente a alegrarlo: «O su poca preocupación se debe a que Iliana les ha dicho que yo soy un estúpido y, probablemente, también un cobarde.»

El anfibio se puso en marcha. Ahora Ronald podía mover sus ojos a voluntad, por lo que se concentró en la observación de las maniobras que realizaba el conductor. No descartaba la posibilidad de serlo él a plazo muy breve.

El vehículo carreteó hasta situarse en el centro de un círculo con pintura blanca. Cuando lo hubo hecho, el americano advirtió que el techo se abría exactamente sobre el círculo. De inmediato el conductor oprimió un botón y el anfibio comenzó a ascender verticalmente. «¡Conque también es helicóptero!», se admiró el humano.

Pronto estuvieron en el exterior y el familiar panorama de colinas se ofreció a su mirada. Ya no había mecanismos ni más extraterrestres que sus dos guardianes. «Aquí se inicia para mí la cuenta atrás», pensó Ronald. Tenía que actuar y cuanto antes, mejor.

Y en ese preciso instante, cuando sólo hacía un par de minutos que habían dejado la base, se le ocurrió algo que podía hacer de inmediato. Algo que no se le había ocurrido en tantas horas de elaborar y descartar planes de acción. Algo que, por lo simple, podía tener alguna remota posibilidad de éxito.

No perdió ni un segundo en poner en práctica la idea. Simulando un desmayo, o la misma muerte, se dejó caer hacia delante. Golpeó su cabeza contra el borde del panel de instrumentos y él dolor fue bastante intenso, pero pudo superarlo sin manifestaciones exteriores. Quedó con la cabeza apoyada en el panel, sus ojos cerrados y todo su cuerpo en apariencia fláccido y sin vida.

Ahora todo dependía de lo que hicieran los otros. En el peor de los casos, no creerían en su comedia y seguirían adelante sin inmutarse. En el mejor de los casos...

«¿Serán estos tipos más o menos inteligentes que nosotros? Si llegan a poseer algún sistema de detección de ideas ajenas, como se lee en los libros de ciencia ficción...»

No lo poseían. Tras unos segundos —que a . Ronald se le hicieron horas—, en los que no escuchó nada que se pareciera a voces, cesó el suave ruido del motor y el vehículo se detuvo. Con tremenda sorpresa para Ronald, que descubrió que la primera parte de su ingenuo plan había acabado con éxito.

Ahora comenzaba la segunda parte.

Ronald escuchó el ruido de la portezuela del lado del conductor al ser abierta y, tras un instante, la suya propia. De inmediato se sintió arrastrado hacia el exterior y depositado sobre el suelo. Se permitió entreabrir sus ojos al mínimo indispensable para hacerse idea de la situación.

El conductor estaba de pie junto a él y extraía algo de un bolsillo. El otro, el que más preocupaba a Ronald, descendía en ese momento del vehículo. Tenía en su mano derecha el arma, pero ésta apuntaba al suelo.

Era el momento.

Con agilidad felina, el, americano se incorporó y, dando un salto,

cayó sobre el de la pistola, al que aplastó contra la pared, del anfibio, mientras le aplicaba un feroz golpe de kárate en el cuello. El extraterrestre cayó al suelo con la misma gracia que un saco de patatas vacío.

Ronald se apoderó del arma y con ella apuntó al conductor, que contemplaba la escena sin haber tenido tiempo de reaccionar, ya que todo había ocurrido en el lapso de un par de segundos.

El tiempo también había sido insuficiente para que el humano aprendiera a manejar el arma que empuñaba, pero él confiaba en que el extraterrestre al que se enfrentaba no considerara tan obvia posibilidad.

El conductor fue más lejos de lo que su antagonista pudiera desear: no sólo no intentó ningún tipo de ataque, sino que se echó a temblar, mientras agitaba sus manos en entendible señal de rendición.

«Son pobres seres esclavizados —pensó Ronald, con algo parecido a la compasión—. Sus amos les obligan a pelear y lo hacen porque les temen, no por convicción. Y éste es el destino que los tiranos de Trekar reservan a los habitantes de la Tierra ...»

Pero no era tiempo de filosofar.

Con enérgicos movimientos del arma, Ronald ordenó al extraterrestre que volviera al vehículo. Le costó hacerse entender, ya que e¡ otro estaba realmente aterrorizado y seguramente pensaba que el humano le mataría en el trayecto, pero finalmente se encaminó lentamente hacia el anfibio.

El otro seguía inconsciente y Ronald decidió que lo dejaría donde estaba. Ya podría buscar su modo de sobrevivir. No le odiaba como para matarlo, pero no podía correr riesgos estúpidos llevándolo en el anfibio. Apartó su cuerpo del vehículo y lo tendió en el suelo. «Que tenga suerte», le deseó con sinceridad, ahora que comprendía que no eran más que involuntarios esclavos de un poder despótico e imperialista.

Pero no por eso había dejado de vigilar al otro, que permanecía junto a la abierta portezuela del lado del conductor, como esperando órdenes.

—¡Métete dentro! —le gritó Ronald, señalando con el cañón del arma el interior del vehículo. El otro se apresuró a obedecerle.

Antes de hacer lo propio, el americano se ocupó del arma. Sabía

que muy pronto iba a necesitarla y tenía que aprender su manejo. Apuntando hacia el espacio abierto, tanteó la parte inferior del «ala», donde tenía que estar el gatillo, aunque ya había observado la falta de tan imprescindible parte.

De pronto, un rayo de fuego salió del arma y Ronald dio un respingo, abandonando sus dedos la búsqueda que tan inesperado éxito tuviera. Dio vuelta al arma y estudió detenidamente su parte inferior. No tardó en descubrir lo que hacía las veces de gatillo. Era simplemente una parte de lo que podía llamarse empuñadura, que se retraía ante la presión-de la mano y ponía en marcha el mecanismo de fuego del arma.

Ya sabía lo que quería saber, por lo que montó al anfibio, sentándose junto al todavía aterrado conductor, que lo miraba con ojos que clamaban misericordia.

Hacerle entender que lo que se le ordenaba era que llevara e! vehículo de regreso a la base fue tarea fatigosa y hasta enervante para Ronald. Durante minutos estuvo remedando con sus manos los gestos de poner en marcha el vehículo, girar 180 grados y retomar por donde habían venido, después detenerse - y descender, hasta que unas puertas se abrían, etcétera.

Cuando estaba a punto de golpear al pobre desgraciado, perdida ya toda esperanza de hacerse entender, el otro comenzó a repetir los gestos que el humano le hiciera, en señal de que los había comprendido. Ronald se secó el sudor que le corría por la cara, se hundió en el asiento y, siempre con el cañón del arma, le indicó que pusiera en marcha el anfibio.

El brevísimo trayecto se recorrió sin incidentes. Se detuvieron en el lugar prefijado y de inmediato el falso suelo se abrió en dos hojas hacia dentro, descendiendo suavemente el vehículo por el orificio abierto bajo su fuselaje.

Con sus cinco sentidos dolorosamente alertas, Ronald esperaba el aterrizaje final, sabiendo que en esos primeros segundos se jugaba la vida y, lo que era mucho peor, la única posibilidad —aunque mínima y hasta ridícula— que tenía la Tierra de escapar de la opresión.

Aparte el hecho de que podía haber guardias armados en el hangar, Ronald temía que el conductor hubiera podido de alguna manera transmitir una señal de alarma a la base. El había seguido

todos sus movimientos, pero no conocía los mandos de la nave lo suficientemente bien como para estar seguro de que la señal no se hubiera enviado.

Al posarse el anfibio sobre la superficie del hangar, comprendió con inmenso alivio que el terror del conductor había sido lo suficientemente auténtico y poderoso como para que no enviara ningún mensaje secreto. Sólo estaban a la vista los consabidos mecánicos. Ninguno de ellos tenía nada que se pareciera a un arma en sus manos, ni parecían haber advertido la situación creada en el anfibio.

Ronald saltó a tierra. No tenía planes de actuación en la base, pero sí una primerísima tarea por cumplir: rescatar a Gutiérrez.

Los mecánicos podían ser lerdos en sus reacciones, pero no eran ciegos. Ahora miraban con ojos agrandados por el miedo el arma que Ronald blandía en su mano y con la que les hacía bien entendibles gestos de que se estuvieran quietos. Todos sus espectadores demostraban la mejor voluntad para obedecerle. Más que quietos, estaban paralizados de terror.

Al ver su total incapacidad de resistencia, el americano comprendió por qué los jerarcas extraterrestres se habían preocupado por reclutar seres humanos para su causa. No podían confiar en sus esclavos. «Hacer esclavos siempre termina siendo un mal negocio», reflexionó Ronald, mientras se encaminaba hacia la salida, siempre encañonando a los mecánicos y al conductor, que todavía permanecía sentado ante los mandos.

Había pensado utilizarlo como guía, pero decidió que el ser estaba demasiado aterrado como para poder serle útil. Para llegar hasta la que había sido su celda no tendría problemas, porque había memorizado el camino, después ya se arreglarían.

Retrocedió hasta la puerta de acero por la que tenía que salir del hangar, sin dejar de apuntar a sus ocupantes; tras atravesarla, la cerró, arrastrando hasta ella un pesado tonel que tal contuviera combustible o aceite para los anfibios. La puerta sería abierta de todos modos, pero el tonel retrasaría un par de minutos la apertura.

El pasillo se abría bien iluminado y totalmente solitario ante él. Avanzó a la carrera, hasta alcanzar los ascensores. Sabía que se arriesgaba a meterse por su propia voluntad en una trampa mortal, al utilizarlos, pero no había escaleras a la vista.

La suerte siguió a su lado. Nada anormal ocurrió en' el corto trayecto descendente. Salió al corredor que llevaba a la celda.- No se veía a nadie, pero era previsible que algún guardia estuviera próximo a ella. Avanzó con redobladas precauciones, bien pegado a una de las paredes que, de todos modos, no ofrecía ningún saliente que pudiera ocultarlo en- caso de necesidad.

Pero sus precauciones se revelaron innecesarias. Nadie custodiaba la celda. «Sólo tendré que enfrentarme a los artilugios electrónicos», se alegró Ronald. Estaba seguro que le sería fácil encontrar el mecanismo que los desconectaba y que tenía que estar muy próximo a la entrada y más o menos visible, porque era utilizado por los carceleros para penetrar en la celda.

En efecto, así era. Tres botones de distintos colores sobresalían de la pared, junto a la abertura que servía de entrada a la celda. Para no incurrir en omisiones, el americano oprimió los tres.

Miró por primera vez al interior. Gutiérrez dormía, echado sobre su cama de espaldas a él. Sonrió al verle. Había cobrado afecto al leal y eficiente paraguayo. Y se dispuso a despertarle.

No pudo avanzar más de unos centímetros, tras atravesar la abertura, porque un invisible muro eléctrico lo detuvo, rechazándole con fuerza hacia el exterior. Recuperado del leve shock, la confusión cedió paso a la sorpresa. Las alarmas estaban desconectadas y él las había puesto en acción, al oprimir los botones. La cosa no le gustó en absoluto.

Con creciente aprensión, volvió a oprimir los botones. Ahora sí pudo avanzar sin problemas por el interior de la estancia. Llegó junto a Gutiérrez y le sacudió suavemente por el hombro, para despertarlo de la forma más silenciosa posible.

Al no obtener inmediata respuesta, Ronald aumentó su presión. Entonces vio la pequeña mancha de un rojo que ya era muy oscuro sobre las ropas del lecho. Comprendiendo que se confirmaban sus temores, dio vuelta al inanimado cuerpo. Sobre la sien izquierda, la que había estado oculta por la cabeza a los ojos del americano, había un pequeño orificio, del que manaban todavía un delgado hilo de sangre.

La furia más incontrolada se apoderó de Ronald. Ya había visto en el otro extremo del mundo un orificio idéntico al que ahora tenía ante su vista. Y seguramente también había sido idéntico el orificio

que puso fin a la vida de Joao Alves.

Iliana...

«Los jerarcas de Trekar hicieron muy bien en reclutar seres humanos», se dijo a sí mismo, mientras su boca se curvaba en un rictus de dolor, que preanunciaba la firme decisión de vengar a su compañero asesinado.

CAPITULO X

—Realmente, eres un imbécil, Ronald Hutchinson...

Se volvió como un tigre hacia la voz que sonaba a sus espaldas, empuñando el arma, pero una mano rápida y decidida se la quitó, antes que pudiera hacer uso de ella y desintegrar a la sonriente Iliana, que le contemplaba desde la entrada.

El extraterrestre que le había quitado el arma dio un brutal empujón al americano que, tras ser proyectado violentamente hacia delante, fue a caer casi a los pies de la rusa.

—Estás en el lugar y la posición que te corresponde —se burló ésta convirtiendo su sonrisa en una carcajada.

Sacudiendo la cabeza para recuperar la conciencia, en parte perdida por el fuerte golpe, Ronald se incorporó. Mientras lo hacía, pudo ver a un segundo extraterrestre junto a Iliana, que apuntaba hacia él una de las «ala-delta». Imaginó que el otro estaría haciendo lo mismo a sus espaldas. No era momento para resistencias.

—Eres un imbécil, Ronald —repitió la muchacha. Ya no había risa en su cara, ahora su expresión era de tremenda dureza—, por sentimentalismo o por lo que fuera —agregó—, te di una oportunidad de sobrevivir y la desaprovechaste. Quisiste jugar al héroe y en realidad jugaste al estúpido. Pero jugaste y has perdido. Créeme, chico, que lamento tener que matarte, pero no me dejas otra salida.

Ronald sabía que ella estaba hablando en serio. Por supuesto, lamentaba mucho tener que morir a los treinta años y con tantas mujeres como aún le quedaban por conocer, pero no veía posibilidad de alterar lo que parecía ser su irremediable destino.

—Tú y todos estos payasos acabaréis cocinados por una buena bomba terrestre —fue todo lo que se le ocurrió decir.

Ella le dedicó una despectiva sonrisa.

—Aun cuando se animaran a disparar sobre nosotros —informó —, nuestros equipos de contención desviarán las bombas hacía donde quisiéramos. Hacia Washington y Moscú, por ejemplo...

—¡Esos no son más que cuentos de hadas! Estoy seguro que seréis destruidos en cuanto los americanos o los rusos se lo

propongan…

Dijo eso porque estaba furioso, porque sabía que iba a morir de un segundo a otro y porque, muy humanamente, quería prolongar lo más posible su vida. Y tuvo suerte. Iliana le siguió el juego.

—¿Te has olvidado de las «desapariciones»?

Ahora Ronald estaba conscientemente decidido a ganar tiempo.

—¿Las desapariciones? ¡Bah! Minas submarinas para el portaaviones y cualquier ingenio nuclear de los que se venden para terroristas pobres, para la base rusa…

—¡Eres más imbécil de lo que creía! —se fastidió Iliana. Y tomó una decisión—: Ven —le dijo—, quiero que veas algo.

La súbita invitación llenó de alegría al americano. Podía ser una hora o sólo unos minutos, pero seguiría viviendo.

Y ya se sabe: «Mientras hay vida, hay esperanza.»

Siguiendo a Iliana y seguido, a su vez, por los dos extraterrestres que le apuntaban concienzudamente con sus armas, recorrió el pasillo en dirección contraria a lo que siempre lo hiciera, penetró en un ascensor, ascendió en él durante un buen lapso de tiempo, y finalmente salió a una amplia especie de antesala, amueblada con confortables sillones, pequeñas mesas, un escritorio tras el que se sentaba un extraterrestre con aspecto de guardián o portero, y una agradable decoración de plantas tropicales, lo que constituía una sorpresa, tratándose de un lugar subterráneo al que nunca llegaba la luz natural.

La muchacha atravesó a buen paso el lugar, encaminándose a una amplia puerta cerrada, situada frente al ascensor. Debió hacer algún gesto al extraterrestre del escritorio, porque éste apretó un botón y la puerta se abrió. La procesión de cuatro la atravesó.

Inmediatamente Ronald adivinó que se hallaba en el Centro de Control de la base. Era una estancia muy amplia de veinte metros de largo por diez de ancho, en la que una docena de extraterrestres manipulaban diversos aparatos, en conjunto parecidos a una terminal de ordenador, aunque mucho más sofisticado. Amplias pantallas de visión en color mostraban diversas escenas, que incluían grandes ciudades, bases militares y barcos de guerra en navegación.

Iliana las abarcó con un amplio gesto.

—¿Por cuál quieres que comencemos? —preguntó a Ronald.

Este entendió perfectamente, pero se negó a aceptar la evidencia.

—¿Qué quieres decir?

En la bella cara de la muchacha volvió a aparecer un gesto duro.

—Quiero que tú mismo elijas la víctima primera de nuestras «minas submarinas» y nuestros «ingenios nucleares para terroristas pobres». Eso es lo que quiero.

—Tú estás loca...

—No más que tus generales y los míos. Sólo que yo y mis jefes no necesitamos pedir permiso al Comité Ejecutivo del Partido o del Congreso para apretar botones.

Ronald se había propuesto mantener la cabeza fría para no desperdiciar la menor oportunidad que pudiera presentársele, pero las palabras de Iliana conseguían enfurecerle.

—¿No sientes asco de ti misma al asesinar a tus propios hermanos?

—¿Sentían asco tus yankys cuando mataban a sus «hermanos» alemanes, japoneses, vietnamitas y un largo etcétera?

—Eso era muy distinto...

—¿Tú crees?

Pero la ironía de inmediato volvió a dejar paso a Ia dureza, en el rostro de Ia muchacha.

—¡Basta, no perdamos más tiempo! —explotó—. ¿Qué decides? ¿Hacemos desaparecer Nueva York, París, Roma...?

Las iba señalando al atónito Ronald en las pantallas.

—Tú estás loca...

—Te repites, Ronald. Tienes miedo. Miedo porque vas a morir... Pero antes tendrás que elegir... ¿Nueva York o un simple petrolero de cuatrocientas mil toneladas?

—Sabes que yo nunca...

—Si te niegas a elegir tú, elegiré yo. Y será Nueva York, naturalmente.

Ronald sentía que su cabeza había entrado en un torbellino del que dudaba poder sacarla. El nunca podría dar la orden de asesinar a miles de seres humanos, pero esa loca —a Ia que estuvo a punto de amar— había dicho que, de no elegir él, ella destruiría Nueva York.

Y a Ronald ya no le cabía ninguna duda de que podría hacerlo...

Sin decir palabra, Iliana se apartó de él y caminó hasta un

pequeño escritorio. El americano observó a sus guardianes. Uno había guardado su arma, pero el otro estaba muy atento, apuntándole a la cabeza.

La rusa volvió de inmediato. En su mano derecha empuñaba su famosa pistola.

—Seré generosa contigo —espetó—. Elijes y te mato de un tiro, sin que puedas ver el resultado de tu «elección», o elijo yo y tendrás que ver las maravillosas escenas de diez millones de neoyorkinos «evaporándose»...

No había tiempo para vacilaciones. Aunque la pistola le apuntaba, Ronald se lanzó sobre Iliana, lanzándola sobre el extraterrestre que le apuntaba con el «ala-delta».

La pistola se disparó y Ronald sintió un escozor en su antebrazo izquierdo, pero pudo apoderarse del arma. Naturalmente, pensaba matar con ella a Iliana, pero razonó que no le daría tiempo de matar también al extraterrestre que, liberado de la molestia que significaba el cuerpo de la chica interponiéndose entre su arma y el cuerpo del americano, le desintegraría con absoluta facilidad.

Siguiendo un impulso, arrojó la pistola con toda la fuerza de que fue capaz sobre la pantalla de lo que parecía ser un terminal de ordenador, y huyó en dirección opuesta a la puerta por la que entrara. Era lo lógico, ya que el segundo extra-terrestre volvía a empuñar su arma y tomaba posición para disparar; mientras el primero, ya desembarazado del cuerpo de Iliana, se disponía a perseguir arma en mano a Ronald.

Felizmente para éste, los paneles eran lo suficientemente altos como para ocultarlo en su huida. No volvió la cabeza para ver a sus perseguidores, pero pudo oír los gritos de la muchacha, insultándolo con los más soeces tacos rusos y americanos.

Una escalera de caracol ascendía a las alturas de algún piso superior en el extremo más alejado del salón y a ella se dirigió a la carrera. Cuando estaba a menos de un metro de ella, escuchó una pequeña explosión. Por una irracional milésima de segundo, pensó que sería el ruido del disparo que iba a acabar con su vida, pero de inmediato razonó que los disparos son más rápidos que las explosiones que producen y que «bala que se oye silbar, es que ya ha pasado», por lo que se atrevió a mirar atrás, sin dejar de ascender a la carrera por los estrechos peldaños.

Una todavía pequeña lengua de fuego salía del terminal de ordenador al que había arrojado la pistola. «Bien —se felicitó—, ya les he dado algo para entretenerse.» Algunos extraterrestres llegaban con un extintor, pero otros no le habían olvidado. Uno, armado con un «ala-delta», se acercó a la carrera a la base de la escalera. Postergando la contemplación de su «hazaña», Ronald completó su ascensión y recorrió con la vista el lugar al que había arribado.

A todas luces se trataba del recinto en el que se guardaban las cintas de los ordenadores, las que resultaron ser muy parecidas a las terrestres. Pero la atención del humano tuvo otro destinatario: El extraterrestre del «ala-delta» subía lentamente por la escalera, con su arma apuntando hacia lo alto.

Ronald tomó uno de los grandes carretes de cinta y se ocultó tras el alto archivador más próximo a la escalera.

El extraterrestre, cobarde o nada amigo de peleas, como por lo visto eran todos sus congéneres, abandonó la escalera con máximas precauciones, pese a la seguridad que la poderosa arma que empuñaba tendría que haberle dado. Ronald lo dejó avanzar.

El ser iba rectamente hacia el archivador donde él se ocultaba, por lo que se escondió mejor y el otro pasó a medio metro de él, sin verlo. Ronald le dio entonces violentamente en la nuca con el pesado carrete y el pobre infeliz cayó pesadamente al suelo. El humano volvía a hacerse con un «ala-delta».

No tuvo tiempo de festejar su pequeña victoria. Intuyó, más que oyó, que alguien subía sigilosamente la escalera y tomó posiciones para poder ver sin ser visto.

En efecto, un par de segundos después, la cabeza del segundo extraterrestre, de los dos que le escoltaran, apareció por el hueco.

Sintiendo repugnancia por lo que se veía obligado a hacer, Ronald presionó la parte inferior y posterior de su arma.

Una llama azulada partió como una víbora letal del cañón. La cabeza del extraterrestre se desintegró ante los horrorizados ojos del humano.

Evaluaba las posibilidades que podía tener, caso de bajar y atacar a los que se encontraban en el Centro de Control, cuando un repentino y fuerte dolor en el brazo izquierdo reclamó toda su atención.

Su reacción fue mucho más de sorpresa que de temor, al

descubrir que una bala de la pistola de Iliana había dado en él. Y que la hemorragia era lo suficientemente intensa como para acabar con su vida en minutos, si no la cortaba de inmediato.

CAPITULO XI

Seguía vestido sólo con los pantalones cortos de la selva, por lo que no había camisa para hacer tiras. Recordó con nostalgia las sábanas de la cama de su celda, pero ellas tampoco estaban allí. El extraterrestre que seguía desmayado en el suelo...

Pero de inmediato se desengañó. Su uniforme era de una sola pieza y estaba firmemente adherido al cuerpo, por Io que iba a ser muy difícil quitarlo. Además, estaban los de abajo, que de un instante a otro volverían al ataque.

La desintegración del segundo atacante y la «desaparición» del primero, más la estrechez de la escalera, que parecía ser el único medio de acceso a la habitación en Ia que se haIlaba, habían retrasado la realización de nuevos ataques, pero la tregua no podía prolongarse mucho.

Y la sangre manaba cada vez en mayor cantidad...

¡Las cintas de los carretes!.No sería fácil cortarlas con los dientes, pero podría lograrse.

Dejando el «ala-delta» sobre un archivador, al alcance de su mano, abrió con dedos febriles —los de su mano izquierda le obedecían con creciente renuncia— un carrete, extrayendo la cinta y tirando al suelo el cassette. Después vino Io más difícil: cortar la larguísima cinta valiéndose sólo de los dientes. Pero, como lo había imaginado, pudo lograrlo.

Con dificultad, porque sólo tenía una mano para hacer el trabajo, se ató trozos de cinta por encima y por debajo de la herida, apretando. Io suficiente como para que fueran verdaderos torniquetes.

Durante algún tiempo, eso bastaría para cortar la hemorragia. Tranquilizado en ese crucial aspecto, se asombró de no haber sufrido ningún ataque durante el tiempo que le llevó cuidar de su herida.

Y como una respuesta a su asombro, vio una delgada espiral de gas apareciendo por el hueco de la escalera.

«Iliana no quiere arriesgarse», pensó con sarcasmo. Pero el Sarcasmo dejó de inmediato paso a la necesidad inmediata de acción. Letal o sólo paralizante, el gas lo pondría en segundos a

merced de sus enemigos. '

Una vez más, miró desesperado a su alrededor, como si esperara que en las desnudas paredes aparecieran mágicos orificios por los que escapar, al menos momentáneamente, del gas y de Iliana.

Y aparecieron.

Los conductos del aire acondicionado.

Estaban a más de dos metros de altura, pero sería fácil acceder a ellos desde uno de los archivadores. En segundos, tras haberse puesto el arma en el cinturón, para poder utilizar plenamente la mano derecha, estuvo frente a la boca más próxima. Tenía, naturalmente, una protección metálica, pero Ronald la volatilizó con una brevísima descarga de su arma.

El gas comenzaba a expandirse por la habitación, cuando él logró introducirse en el estrecho orificio.

El esfuerzo era tremendo porque tenía que arrastrarse por un espacio que parecía hecho exactamente a la medida de su cuerpo, y siempre apoyándose en su lado derecho para no lastimar aún más su brazo herido. El arma, que se veía obligado a llevar en su mano derecha, era una molestia adicional.

Por otra parte, muy poco demorarían en descubrir su escondite, por lo que era mejor que lo abandonara cuanto antes.

Un par de metros más adelante una-débil claridad anunciaba una posible salida. Se arrastró hacia ella, para descubrir que se trataba de una especie de puesto de guardia en el que cuatro extraterrestres permanecían sentados, con sus armas listas, mientras un quinto observaba una pantalla. No era el lugar más apropiado para hacer su aparición. Aunque redujera a los cinco con el rayo de su arma, cabía el peligro de que el de la pantalla pudiera dar la alarma. Siguió su lentísima y penosa marcha.

El dolor desaparecía gradualmente de su brazo izquierdo, lo que era una mala señal. Hasta por su brazo, tenía que darse prisa.

En la siguiente boca, tuvo suerte. Daba a un cuarto de lavabos y retretes. Y no había nadie a la vista. Volatilizó la rejilla metálica y siguió adelante por el tubo, hasta poner sus piernas a nivel de-la salida. Después se fue descolgando muy lentamente, ayudándose muy precariamente con la mano derecha, siempre ocupada con el arma, que no se atrevía a arrojar al suelo por temor a una explosión o una avería irreversible.

Al llegar al punto de último equilibrio aún estaba a un metro del piso, lo que, en sus condiciones, era todo un saltó, pero no tuvo más remedio que darlo. No pudo mantenerse en pie y el golpe le dolió bastante, pero consiguió evitar daños a su brazo izquierdo y pudo incorporarse sin dificultad.

Cuando se encaminaba a la cerrada puerta de salida, ésta se abrió y un guardia extraterrestre penetró en el recinto. El «ala-delta» de Ronald lo desintegró antes que el desgraciado pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Salió a un amplio corredor, momentáneamente vacío. Había tomado una decisión,. Ia única que podía tomar: destruir el Centro de Control. Aunque eso no significara el fin de la base, sí retrasaría durante semanas o meses los planes de destrucción y dominio de los trekarios. Y cabía la posibilidad que en ese lapso el escondrijo fuera descubierto por los aparentemente no muy listos seres humanos...

Naturalmente el cumplimiento de su plan presuponía a ciencia cierta su propia muerte. Pero eso era lo que menos contaba.

El plan era sencillo: irrumpir en el centro de Control disparando su arma, matar a todos los que allí estuvieran y destrozar los cerebros electrónicos y todo lo que fuera posible. El plan terminaba ahí. No había planes de escape previstos.

Tenía que encontrar el Centro y eso no sería difícil, todo consistía en desandar lo andado —o arrastrado— y descender una planta. Inició la marcha, atento a las puertas, todas cerradas, que se abrían a los lados del pasillo y sabiendo que la más próxima a su derecha era la de la sala de guardia que viera desde el conducto del aire acondicionado. Avanzaba sigilosamente y ninguna puerta se abrió a su paso.

Al final del corredor había ascensores. Le repugnaba utilizar ese medio de transporte por el riesgo que implicaba su uso, pero era evidente que los trekarios no eran amigos de las escaleras. Se disponía a oprimir el botón de llamada, cuando vio algo que despertó su atención: en un estrecho pasillo perpendicular al central y que partía de éste, una puerta de grueso blindaje, con algunas indicaciones en ella, que Ronald, obviamente, no pudo descifrar.

El blindaje y el aspecto general de la puerta eran lo suficientemente importantes como para hacer suponer que algo muy especial se hallaba tras ella. Sin pensarlo mucho, el humano se

encaminó hacia ella.

Lo primero que descubrió al llegar a su destino fue que la puerta era totalmente lisa y no cedía a la simple presión, por lo que abrirla por métodos convencionales era imposible.

Recordando la celda en la que estuviera con Gutiérrez, buscó en la pared algún sistema electrónico de apertura. No tardó en hallar diferencias de nivel en la lisa pared. Hizo presión con su mano derecha sobre todas esas diferencias.

La puerta comenzó a girar muy lentamente sobre su eje.

Y un sistema de alarma comenzó a sonar a plena potencia.

Era tarde para escapar, porque los guardias del corredor estaban demasiado cerca. Ronald se coló por la abertura que dejaba la puerta en su lenta marcha y penetró en el interior del cerrado recinto.

De inmediato comprendió por qué estaba tan bien guardado. Se trataba nada menos que del productor de energía de la base. Ronald lo dedujo por el aspecto general de las grandes construcciones que ocupaban casi todo el espacio libre de la inmensa nave, y que eran bastante similares a los reactores nucleares que él muy bien conocía.

Y esos reactores nucleares tienen un sofisticado —pero muy delicado— sistema de seguridad…

«Si este chisme tuviera algo por el estilo y yo pudiera destruirlo», se exaltó Ronald.

Pero otra preocupación más urgente le obligó a postergar sus pensamientos. Cuatro guardias habían penetrado en el lugar y le apuntaban con sus «ala-delta». Quedó momentáneamente desconcertado y pensando que no tendría más remedio que entregarse, so pena de ser desintegrado en una millonésima de segundo.

«Suerte que no me han disparado no bien descubrirme», se alegró su yo hedonista. Pero su yo esforzado hizo otro razonamiento: «¿Por qué no me han disparado? Y la respuesta fue instantánea: «Porque tras de mí está el reactor y no pueden dispararme sin darle a él.»

Pudo haberlos matado, pero se limitó a hacerles un gesto de burla y, con chulesca tranquilidad, se alejó de ellos, hasta ponerse a cubierto tras un gran generador. Los guardias permanecieron inmóviles junto a la abierta puerta. La explicación de esa actitud era obvia. No podían disparar, pero permanecerían allí para impedir la

salida de Ronald. «O puede que estén esperando refuerzos.» La posibilidad no le preocupaba, por muchos que vinieran, no podrían hacer uso de sus armas. Sólo utilizar sus «flautas» y paralizarle, pero de que ello no ocurriera ya se cuidaría él.

Desde su protegido puesto, paseó su mirada por el complejo grupo de sofisticadas instalaciones. ¿Dónde estaría el sistema de seguridad, si es que había alguno?

No en los generadores, probablemente. Tal vez en lo que aquí hacía las veces de reactor o, más probablemente, en el lugar donde se generaba la energía que ponía en marcha todo el proceso.

Decidió que ése era el lugar más probable y se propuso hallarlo de inmediato. Para ello tuvo que abandonar su protección y caminar dando la espalda a los guardias, lo que suponía un evidente riesgo, pero que había que correr. De todos modos, él estaba seguro que no dispararían sus armas nucleares.

El espacio descubierto que le separaba del próximo generador era de unos tres metros y lo atravesó a la carrera. Pero no había logrado ponerse a cubierto, cuando un sonido bien conocido —el silbido de una bala humana»— alteró su esquema y le hizo echarse instintivamente cuerpo a tierra. Alcanzó la protección arrastrándose y con más balas silbando sobre su cabeza.

¿La famosa pistola de Iliana? Se asomó para observar. No vio a la rusa, pero sí a dos humanos, armado uno con una pistola y otro con metralleta, que avanzaban protegiéndose tras las salientes del generador.

Esto creaba un problema adicional. Las armas no nucleares sí podían dispararse sin temor de provocar una catástrofe. Y las armas no nucleares también mataban.

«Pero a mí no me importa provocar una catástrofe. Yo sí puedo disparar.»

Se preparó para hacerlo, pero ahora ninguno de los dos humanos se ofrecía a su vista. Esperó, cuidando de no ser sorprendido por los flancos o la retaguardia.

Su vigilancia le salvó la vida. Uno de los dos atacantes estaba tomando posición de tiro desde su flanco izquierdo y protegido tras una maraña de tubos de conducción, cuando él lo descubrió. *

Apuntó, disparó y desintegró a! humano. Así de sencillo. Pero éste había sido el de la pistola; aún estaba vivo, e invisible para

Ronald, el de la metralleta, el más peligroso.

Lo que más fastidiaba al americano era la pérdida de tiempo. Pérdida de tiempo que terminaría significando la imposibilidad por su parte de destruir el reactor y con él la base.

Decidió seguir buscando el sistema de seguridad. Se cuidaría lo mejor posible de no ofrecer blanco a la metralleta, pero no podía seguir perdiendo tiempo.

Retrocedió cautelosamente. Unos cinco metros por detrás del generador tras el que se protegiera había algo muy grande que bien podía ser la fuente de energía que estaba buscando.

Giraba sus ojos, su cabeza y su cuerpo cubriendo los 360 grados de la circunferencia en su inspección, pero sin descubrir ni rastros del de la metralleta. Y esto le preocupaba mucho.

Llegó junto a lo que creía su objetivo, para descubrir que se trataba de una especie de reactor. De todos modos buscó en su base algo que pudiera ser un mecanismo de seguridad, pero sin encontrarlo.

Una ráfaga de balas lo clavó contra el suelo. Miró con el rabillo del ojo para ver de dónde provenían y de inmediato lo descubrió. Su enemigo, muy hábilmente, había trepado a lo alto del generador que Ronald abandonara recientemente. Desde allí podía hacer buena puntería.

Las balas seguían cayendo a su alrededor y no tardarían en darle. Había que jugarse el todo por el todo y el americano lo hizo. Incorporándose de un salto, disparó hacia lo alto, sin tiempo para tomar puntería.

No hizo blanco, pero obligó al otro a aplastarse contra el techo del generador, dejando momentáneamente de disparar, lo que permitió al americano escapar de su comprometida posición.

Era más urgente destruir la base que matar al de la metralleta, por lo que avanzó a la carrera hasta la siguiente instalación.

Protegiéndose de previsibles ataques tras la estructura, estudió el panel de instrumentos que tenía ante sus ojos.

No llegó a saber si eso era la fuente energética del complejo, pero encontró lo que realmente buscaba: el mecanismo de seguridad.

Podría no ser éste el único ni tal vez el principal, pero era seguro que se trataba de un sistema de seguridad. Aunque Ronald no

pudiera entender los signos, sí podía reconocer válvulas y manómetros curiosamente parecidos a los terrestres.

No perdió tiempo. Con 'el codo de su brazo sano rompió los cristales protectores. Se disponía a acabar el trabajo lanzando una ráfaga de su arma sobre los instrumentos, cuando algo parecido a un golpe en el parietal derecho le hizo trastabillar y retroceder casi un metro.

Retroceso que le salvó la vida, porque las balas que siguieron a la que rozara su cráneo hubiera acabado con ella.

Maldiciendo más la demora en su trabajo que la posibilidad de morir, Ronald buscó a su enemigo, lo descubrió bastante bien oculto tras una saliente del reactor y disparó una larga ráfaga sobre él.

No se tomó tiempo para comprobar si había dado en el blanco. Volvió a su puesto ante el panel de seguridad y le dedicó una larga ráfaga de su rayo volatilizador.

Cuando hubo acabado, sólo quedaban hierros retorcidos y quemados a ambos lados de su campo de tiro. Del mecanismo de seguridad no quedaba nada.

Bien, la misión estaba cumplida. Aunque Ronald no era ni mucho menos un científico, imaginaba que pasarían al menos unos cuantos minutos antes de que todo volara por los aires. Tendría que ascender la temperatura, producirse mezclas inadecuadas o lo que demonios fuera, pero siempre habría un poco de tiempo para, al menos, intentar escapar.

Miró hacia el reactor. No se veía al de la metralleta, ni había habido nuevos disparos tras su ataque. Era de suponer que el sicario de los trekarios había «desaparecido». No per* dió tiempo en buscarlo. Abandonó la nave a la carrera, sorprendiéndose, aunque no mucho, al comprobar que los cuatro guardias trekarios la habían abandonado antes que él. Por lo visto, eran cobardes, pero no estúpidos. Se habían dado cuenta que todo iba a volar.

Huir. Llegar hasta el garage-hangar de los anfibios. Ronald corrió hacia el ascensor. Los guardias habrían avisado a sus compañeros y todos estarían tratando de escapar de esa trampa mortal. Y no quedarían anfibios para él...

A pesar de su excitación, le impresionó el silencio. Demasiado silencio.

La lógica indicaba que el garage tendría que estar en el nivel más

alto de la base subterránea. Oprimió el botón correspondiente.

Estaba en lo cierto. Las puertas se abrieron en el garage. Aquí el silencio sólo estaba roto por el acompasado trepidar del motor de un anfibio. «¿Por qué sólo de uno...?», comenzó a preguntarse.

Y la respuesta le llegó en forma de una bala que se incrustó en la pared posterior del ascensor, pasando a sólo milímetros de su cabeza.

Una bala que había salido de la pistola de Iliana, que ahora se apresuraba a introducirse en el único anfibio cuyo motor estaba en funcionamiento.

CAPITULO XII

Superando su confusión inicial, Ronald corrió hacia el vehículo, aprovechando el instante en que ella se introducía en él. Pero todavía estaba a unos seis metros de distancia cuando la pistola volvió a hacerse oír y el americano tuvo que echarse al suelo y rodar sobre sí mismo, a riesgo de destrozar su brazo herido.

Estaba decidido a emplear su arma y destruir el anfibio y su maldita ocupante, aún a riesgo de que ese fuera el único vehículo en condiciones de abandonar la base a tiempo, pero los segundos que perdiera en protegerse del ataque fueron suficientes para la rusa.

Cuando Ronald estuvo en condiciones de disparar, el anfibio había desaparecido de su vista, ascendiendo hacia el exterior por la chimenea de salida.

Frenético ante la idea de que él iba a morir y ella se salvaría para seguir traicionando a su gobierno y a toda la humanidad, corrió hacia el anfibio más próximo y que tenía la portezuela del conductor abierta y se introdujo de un salto en su interior. Probó los mandos, pero no hubo respuesta. Maldiciendo en voz alta, marchó hacia el siguiente, mientras un temor creciente atenazaba su garganta: ¿Habría Iliana inutilizado todos los anfibios restantes, para que él no pudiera escapar?

Y los guardias que escaparan de la nave de! reactor, y el resto del personal de la base, ¿dónde estaban?

Una sola respuesta se le ocurrió a Ronald: Iliana los había matado —o volatilizado— a todos. La explicación a tanto vandalismo era sencilla: para que ella siguiera engañando, y así poder sobrevivir, no podían quedar testigos ni humanos ni extraterrestres.

«Pero su miedo a la inminente explosión fue superior a sus cálculos y yo estoy vivo.»

La inminente explosión...

Cuando oprimió el botón de arranque del anfibio al que acababa de abordar, se descubrió rezando.

Aquí sí hubo respuesta positiva. Tras algunas protestas, el motor comenzó su regular ronroneo.

Si Ronald hubiera podido medir la temperatura del plutonio que servía de combustible al reactor, habría sabido que sólo faltaban segundos para la catástrofe final. Y puede que su mano sana hubiera temblado al dirigir el vehículo hacia la abierta salida. Pero el americano sólo sabía que la explosión se produciría «en algún momento» y su mano estaba bien firme.

Eso le permitió ganar los segundos que marcaban la diferencia entre la vida y la muerte. Llegó al lugar señalado para iniciar el ascenso, oprimió el botón correspondiente, según lo aprendiera en su anterior viaje, y el anfibio se convirtió en helicóptero y comenzó a subir.

Acababa de salir a la superficie, cuando algo que parecía un trueno sacudió a la nave y a su conductor. Este pulsó el botón de marcha horizontal y pisó a fondo el pedal de aceleración.

Una fracción de segundo más tarde, el anfibio se agitaba como una coctelera y Ronald hacía ingentes esfuerzos para mantener el equilibrio.

Conectando el sistema de conducción automático, volvió la vista. El espectáculo era indescriptible. La colina bajo la que se ocultara la base, estaba saltando en mil pedazos de piedra y tierra calcinadas y llameantes. Como escupidas por un volcán, trozos de roca y algo espeso y casi líquido que recordaba la lava, volaban por los aires. El clásico «hongo» comenzaba a formarse.

Ronald puso fin a su contemplación. Volvió a concentrarse en los mandos, retomando a conducción manual. De momento, la Tierra estaba salvada, pero él aún tenía una tarea que cumplir. Contempló brevemente el «ala-delta» que se había cuidado de traer y que descansaba sobre el asiento del acompañante. Ella se encargaría de frustrar los siniestros planes que Iliana pudiera haberse hecho para el futuro.

Pero para eso, tenía que encontrarla. Y encontrarla de inmediato. Si se le escapaba de las manos y lograba llegar a Moscú, se saldría con la suya. ¿Acaso los jefazos del Kremlin prestarían oídos a un agente yanqui intentando incriminar a una de sus propias agentes?

¿Adónde se dirigiría? Maquinalmente, él había puesto proa a Fuerte Olimpo y ahora pensó que era muy probable que Iliana siguiera esa misma ruta. Si, como él estaba seguro, había sido ella la que asesinara a Joao Alves, conocía la población y era lógico

suponer que se dirigiría a ella antes que a otra desconocida. Mantuvo el pie a fondo en el pedal de aceleración.

Llevaba casi una hora de marcha cuando divisó el anfibio que le precedía a unos centenares de metros. Se hallaban en la zona pantanosa y abierta de la selva, lo que permitía una visión amplia.

Segundos más tarde, Ronald advirtió con sorpresa que la rusa cambiaba de rumbo y marchaba hacia él. ¿Por qué haría eso, si lo lógico hubiera sido intentar desaparecer?

Con un escalofrío, el americano halló de inmediato la respuesta: ella tenía una pistola convencional, que podía usar contra él sin afectar su propia nave. El sólo disponía del «ala-delta», si la disparaba desde el interior del anfibio, el rayo destruiría el vehículo y a él también.

Podría detener el anfibio sobre la ciénaga, abrir la portezuela y disparar...

No, ya no podía. Iliana había destrozado el cristal o lo que fuera de la portezuela y comenzaba a hacer fuego sobre él.

Un proyectil destrozó el parabrisas, otro se incrustó en el techo, centímetros por detrás de la cabeza de Ronald. Iliana, con su vehículo a marcha reducida y a no más de veinte o treinta centímetros sobre el nivel de la ciénaga, lo tenía a su merced. El sólo podía hacer lo que estaba haciendo, imprimir a su anfibio una marcha zigzagueante, en un desesperado intento de escapar a la muerte.

¿O podía hacer algo más?

Evaluó las posibilidades de éxito que podían atribuirse a la loca idea que se le acababa de ocurrir. No eran muchas, pero era la diferencia entre una muerte probable y una muerte segura.

Sin más evaluaciones, imprimió al anfibio su máxima velocidad, ganó algo de altura para situar su piso a la altura del techo del vehículo de Iliana y enfiló rectamente hacia él.

De inmediato la rusa adivinó su intención y maniobró para evitar el choque, pero ya era tarde. El anfibio de Ronald dio con su parte inferior contra la parte superior de la portezuela del conductor del otro vehículo. No fue mucho más que un roce, pero la velocidad que llevaba el del americano bastó para arrojar al otro a las cenagosas aguas.

Ronald se dispuso a volver a la carga, al girar para el nuevo

ataque, comprendió que éste no sería necesario.

El anfibio ya se había hundido totalmente en la ciénaga. Lo único que sobresalía de la superficie negra era una crispada mano de Iliana.

Tras un par de segundos, la mano desapareció también.

CAPITULO XIII

La hazaña de Ronald no se hizo pública, porque eso hubiera obligado a contar a la población terrestre la historia completa y no se juzgó conveniente por la sensación de inseguridad y temor que podía generarse de ella.

Pero en una ceremonia privada y casi secreta, realizada en un salón privado del Kremlin, al americano se le entregaron simultáneamente la Medalla del Congreso, otorgada por el Gobierno de su país, y la de la Unión Soviética.

Cuando le invitaron a decir unas palabras, Ronald que, por causas que él mismo ignoraba, estaba de mal humor, dijo que amenazas como la que acababa de conjurarse podrían repetirse y que la única forma de asegurar un porvenir libre y feliz a la población humana era que todos los pueblos —«y los gobiernos», recalcó— dejaran de lado sus reyertas provincianas y se pusieran de acuerdo en que la humanidad era una y unida debía permanecer.

Sus palabras no gustaron demasiado ni a tirios ni a troyanos, pero de todos modos los anfitriones insistieron en que pasara unas semanas de descanso en una playa del Mar Negro, a lo que Ronald accedió porque realmente necesitaba un descanso a todos los niveles.

Cuando estaba echado sobre las doradas arenas y tostándose a un sol que merecería ser Mediterráneo, el mismo día de su llegada, se le acercó una hermosa morena, de marcadas y bellas facciones eslavas y le pidió fuego.

Conociendo las costumbres soviéticas, el americano no dudó ni por un instante que se trataba de un «presente» enviado por la KGB.

La chica era realmente hermosa y él, bueno..., estaba solo. Por su mente pasaron muchos recuerdos que iban más lejos y más atrás en el tiempo que los sucesos de Turquía y de Sudamérica.

También Iliana era muy hermosa...

Estaba a punto de decir que no, que no tenía fuego, pero la chica se arrodilló junto a él y pareció ofrecerle sus labios, a la vez que su cigarrillo para que se lo encendiera.

«La vida tiene que continuar», pensó. Y le encendió el cigarrillo.

FIN